

8-XII-6.6

LA VERDAD CATÓLICA,

À LA INMACULADA

CONCEPCION

DE

MARIA SANTISIMA.



SEVILLA.—1866.

Imprenta de Manuel Padilla Salvador,
COLON Y BATEHOJAS, 12.

LA TERDAD CA TOLICA

A LA INMACULADA

CONCEPCION

DE

MARIA SANTISSIMA

IMPRESA EN LA CIUDAD DE MADRID
EN LA CALLE DE SAN JUAN DE LOS RIOS
NUMERO 11
AÑO DE 1845

LA
VERDAD CATÓLICA.

REVISTA

RELIGIOSA, CIENTÍFICA, LITERARIA É HISTÓRICA.

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,

BAJO LA DIRECCION DEL

SR. D. NICOLAS DE LORA Y RIVAS, PRO.

CAPELLAN REAL DE LA DE SAN FERNANDO.

Con la aprobacion y licencia de la autoridad Eclesiástica.

SEVILLA.—1866.
Imprenta de Manuel Padilla Salvador.
Colon y Batehojas, 12.

Año 1º

8 de Diciembre

REVISTA DE LA SOCIEDAD CATÓLICA

REVISTA

REVISTA DE LA SOCIEDAD CATÓLICA, CIENTÍFICA, LINGÜÍSTICA E HISTÓRICA.

REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTADÍSTICOS.

Dedicatoria á la Inmaculada Concepcion de María
Santísima Madre de Dios.

Cuando la Iglesia Católica, llena de santo orgullo celebra hoy el misterio inmaculado de la Madre de Dios; cuando la fé y la piedad cristiana hacen resonar bajo las bóvedas sagradas los himnos de su triunfo; y la piadosa España levanta el estandarte de sus glorias, aclamándola Patrona especialísima, los Redactores de LA VERDAD CATÓLICA, que deben todos los frutos de sus tareas á la dulce inspiracion de esta Virgen sin manecilla, émulos de la devocion del mundo cristiano, ofrecen hoy un justo tributo de amor á su Madre inmaculada dedicándole las justas alabanzas debidas al misterio sublime de su pureza original: así, suspen-

demos en este día nuestras tareas religiosas y literarias, para ofrecer nuestra gratitud á las glorias de María Inmaculada; procurando con ella afirmar la religion de los pueblos, y recogiendo, á despecho del error y de la impiedad, laureles inmarcesibles para teger sus coronas á la reina de los mundos, acclamándola *inmaculada*.

Patrona y la Inmaculada Concepcion de Maria
Santissima Madre de Dios



... la Iglesia
... hoy el misterio
... y la piedad cristiana
... las doctas sagradas
... España levanta el estandarte
... Patrona, especialísima, los
... que deben todos los frutos de
... la divina inspiracion
... devocion del mundo cristiano
... hoy un justo tributo de amor
... las justas alabanzas
... su pureza original

DOGMA

DE LA CONCEPCION INMACULADA DE MARIA.

En el Occéano inmensurable de los pensamientos divinos el ojo de la Fé descubre uno, como todos, inefable; mas que todos benéfico; y sobre todos, glorioso á Dios é importante á la humanidad envilecida, que reanuda las íntimas relaciones del Criador con sus criaturas. Este pensamiento es la *Encarnacion*.

Admitida la creacion como obra exclusiva del poder, la sabiduría y amor infinitos; supuesto el órden cronológico de Moisés, formando el régio alcázar donde el hombre habia de dominar á la naturaleza; tocamos inmediatamente su rebelion y su caída, como resultado de su orgullo, cambiando todos sus dones y carismas en proscipciones y anatemas. Degradada así la naturaleza racional, alejada de Dios, y proscripta por su justicia, necesitaba para su rehabilitacion otra creacion nueva en el órden de la gracia mas complicada y difícil que la primera creacion de los seres: ella debia

comprender al delincuente y al ofendido, aceptando la espiacion y ofreciendo la satisfacion necesaria. ¿Pero cómo esperar este prodigio que implica la union hipostática de las naturalezas divina y humana? La vista miope del hombre quiere estenderse por los dilatados horizontes de su esperanza, y se pierde en abismos interminables, y solo en tanto que ayudado de la revelacion percibe los designios de la clemencia divina, puede considerar al Dios ofendido, tan pronto para castigar la ofensa, como compasivo para redimir al culpable; acompañándolo y sosteniéndolo con los rayos de su misericordia en la esperanza de su rehabilitacion y de su gloria. Este es el gran secreto que llama San Pablo el misterio de Dios Padre; esta la gran obra del amor divino que implica la union del Verbo con la naturaleza caída, union tan inefable que mas allá no hay otra que le exceda, sino la unidad de esencia en las tres divinas personas.

Cabe, pues, á nuestra gloria conocer que entre todos los pensamientos de Dios sobre el hombre, la Encarnacion de su Hijo era la idea príncipe, la idea soberana de donde parten y adonde convergen todas las escelencias y toda la gloria de la Divinidad; así es que todo lo que contribuye á la realizacion de este plan divino guarda una armonía, está en perfecta consonancia con el mismo pensamiento de Dios.

¿Y podia haber quedado desatendida la muger en cuyo seno habia de realizarse este misterio tan importante? ¿En los recursos inagotables del poder y la sabiduría infinita faltaban medios para preservar á María del contagio universal? ¿El que pudo hacer de una hija de Eva una Madre de Dios, no pudo defenderla del imperio de Luzbel? Vamos á estudiarlo en el Paraiso. La

primera palabra que Dios dirige al hombre caído, le anuncia la victoria de una muger que habia de quebrantar la cabeza á la serpiente infernal; despues, todos los grandes acontecimientos porque atraviesa la humanidad van marcados con un sello simbólico de su grandeza y de su gloria: el *arca* donde se salvan las reliquias de nuestro linage; la *zarza* que arde sin consumirse para proteger al pueblo escogido del Señor; la *vara* que divide los mares y hace brotar agua á las peñas del desierto; y todas las *heroínas* del viejo testamento, despertando con hechos ruidosos la dormida esperanza de los mortales no eran mas que recuerdos importantes de aquella solemne promesa y nuevos metéoros para despejar las tinieblas de tantos siglos de deseos. Llega, al fin, la hora solemne de los divinos desposorios; los cielos y la tierra van á darse el santo ósculo de la paz; un arcángel de las primeras gerarquías sorprende á la muger, tantas veces *prefigurada* en el silencio de la oracion; y prostrado en su presencia con un acto espresivo de adoracion y de culto hace el anuncio de la Trinidad, diciendo: *Dios te salve, Maria; llena eres de gracia... el espíritu Santo bajará sobre tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, porque el Santo que ha de nacer de tí se llamará el Hijo de Dios.*

Estas palabras misteriosas que nunca hubieran podido pronunciar la lengua humana ni comprender la humana inteligencia, suponen el gran sacramento de toda la humanidad y el sello de la fé al gran misterio de María en su Concepcion Inmaculada.

A poco que meditemos sobre la grandeza y magestad de Dios, habremos de convenir con los PP. y Doctores de la Iglesia, en que para recibir la gloria de la maternidad divina se necesitaba una criatura que es-

cediera en méritos y en virtudes á todos los ángeles y santos. El criterio universal y la conciencia misma rechaza con enojo toda idea que implique la mas leve imperfeccion en la muger escogida para Madre de la misma perfeccion por esencia. Todos los testimonios de nuestra fé nos la presentan libre y exenta de todas las leyes generales que abaten á los hijos del pecado; ella nace con una razon perfecta (segun los teólogos) que la esceptúa de todas las debilidades de la edad y del sexo; ella no siente la rebelion de los sentidos para caer una vez siquiera en la mas ligera imperfeccion; fué Virgen y Madre á un mismo tiempo, sin lesion y sin dolor para conservar su virginidad y su fecundidad prodigiosa: su vida, en fin, fué el vuelo del amor de esta paloma virginal, que marchaba á las regiones del infinito; y su muerte, como un éxtasis delicioso del amor mismo, le arrebató y le ofrece la perfecta incorporacion con su amado: ella no ha quedado envuelta como toda la humanidad en el polvo de su origen, sino que su sepúlcro, formando el seguro pedestal al trono de sus victorias, es la voz mas espresiva de sus privilegios inauditos.

¿Y para qué tantos carismas, tantas elevaciones y triunfos, si esta muger divina aparecía ya manchada con la culpa de su origen? ¿Cómo conciliar sus exenciones y privilegios, si habia sido confundida con los demás en el acto solemne de su concepcion? ¿Cómo pudo hollar la cabeza de Satanás su misma esclava? Escogida desde siglos eternos para una cualidad que supone el primer pensamiento de Dios; prefigurada con todos los dones que le elevan sobre todo lo que no es Dios, y enriquecida de tal manera que ni Dios mismo podía inventar otra que la escediera en escelencias; ¿puede ni aun dudarse su inmunidad de la ley comun que todos sienten al nacer?

Bien sabemos que es uno de los dogmas fundamentales del Cristianismo el pecado de Adan y su trasmision á todos los descendientes de aquella semilla manchada; pero las exenciones de todas las leyes generales no solo no las desvirtuan ni destruyen, sino es que las robustecen y aseguran, consignando el poder del legislador que las dictára. Josué, interrumpiendo su curso periódico al astro refulgente del dia, no ha derogado la ley general que le tiene descrita su órbita desde el principio de los tiempos. No han suspendido su curso las aguas, caminando precipitadas al mar, porque Moisés apartára las corrientes del *Rojo*, y Josué suspendiéra las olas del *Jordan*; ni los muertos han podido imitar á *Lázaro* que con las señales propias de la corrupcion del sepúlcro, sale obediente á la voz que lo llama; y la vara que cambia las naturalezas, convirtiendo las aguas en sangre, las piedras en agua, y el agua de las nubes en maná y en codornices, testifican que el legislador soberano puede cuando quiere, suspender sus leyes inmutables, porque no está achicada su omnipotencia. Por otra parte, destinada *María* para cooperar sustancialmente en el acto sublime de la Encarnacion del Verbo, contribuyó á la glorificacion de esta obra adornando su alma de todas las virtudes posibles y en tal grado que Dios mismo no podía pedir mas á una criatura; su cooperacion constante con los auxilios de la gracia divina fué tan eficaz y poderosa que formó ese piélago de virtudes perfectas que la distinguen y elevan sobre todos los séres criados, incluso las gerarquías celestiales. Su fé fué más pura que la de *Abraham* y todos los patriarcas y justos; su corazon estuvo siempre vacío de sí mismo y lleno solo de Dios por una humildad hasta ella desconocida; anteponia su pureza á las mismas glorias

de su maternidad divina, y su amor que los serafines imitaban, y su obediencia ciega á los preceptos del Señor, y todos los actos de su vida perfecta prueban que para la decencia, honor y gloria de este misterio admirable nada faltó de parte de la criatura. ¿Y faltaría de parte de Dios, permitiendo que un momento solo fuera María esclava de Satanás? Imposible.

Dios te salve, llena de gracia, dijo el Arcángel postrado en presencia de María, adorándola como á su Reina; pues en la hipótesis de que la Virgen Santísima hubiera contraído la mancha original, era como todos los hijos de la carne, hija de ira por naturaleza; y su alma bendita habría sido objeto de proscripcion, cuando ménos, el momento preciso en que fué concebida. Y habiendo sido un instante siquiera esclava del infierno, ¿cómo se postra un espíritu puro ante la muger manchada? ¿Con qué razon se atreve á llamarla llena de gracia? La engaña? Le adula? Nó: su palabra es dogmática; él es un enviado de la augusta Trinidad; ella la muger escogida entre millares; su anuncio, el gran misterio del amor divino; su causa final, la salud del mundo: Al proclamarla, pues, llena de gracia, como ha dicho el Arcángel, no solo consigna el tesoro infinito que se habia derramado en su alma, sino es que revela el cuidado vigilantísimo de la Providencia en el acto solemnemente de su Concepcion, para esceptuarla de la ley del pecado y presentarla digna del *Padre* que habia de compartir con ella la obra de la Encarnacion de su Hijo, digna del *Hijo* que habia de habitar nueve meses en su seno, y digna del *Espiritu Santo* cuya virtud infinita habia de realizar tan sublime misterio.

Concluyamos este pensamiento con la prueba incontrastable del devotísimo y sutil Scotto.

Se trata de una obra que no envuelve una contra-

dicción metafísica, sino solo la exención de una ley decretada por Dios para castigar á la humanidad. Va á realizarse el gran Sacramento de elegir una Madre para Dios entre las hijas de los hombres. El Verbo Eterno, engendrado antes de los siglos, ha de unirse á su carne, humanizándose la divinidad tanto como la humanidad se diviniza. La sabiduría increada se ofrece á encarnar en el seno de una muger; el Eterno Padre lo decreta; el Espíritu Santo lo realiza; es la obra de toda la Trinidad. *Potuit.* Esta muger será Madre, Hija y Esposa de Dios; es preciso buscar la santidad y la gloria de tan íntimas relaciones. ¿Y podríamos unir la luz y las tinieblas, á Cristo y Beliat? Convenia pues, á la gloria del Padre la santidad de su Hija; al honor del Hijo la pureza de su Madre, al amor del Espíritu Santo una esposa inmaculada. El sentido comun rechaza todo lo que no sea santo y puro respecto á la divinidad. La santidad de la obra que se realiza; la persona que viene á realizarla, la virtud que la ordena, la causa que la promueve, el fin á que se dirige, y los efectos que produce, todo es santo y tan puro como pensamientos de Dios. ¿Y dejaría de serlo la muger preelegida para llevar á cabo esta obra de los siglos—*Decuit.*—¿Podia Dios consentir una falta de honor y de gloria á la gloria de su Hijo, que era su mismo ser? ¿Cabe en Dios olvido, inadvertencia, ó falta de voluntad en los actos relativos á su glorificación?—*Voluit.*—Pues entónces, podemos repetir con santo orgullo ese artículo de nuestra fé: *ergo fecit*, María es inmaculada.

NICOLÁS DE LORA, PRO.

LA INMACULADA CONCEPCION
DE MARIA SANTISIMA,

desde el principio del mundo hasta el siglo
XVI de la Iglesia, segun la historia.

Desde los primeros tiempos, los principales misterios de Cristo y de su Madre se habian trasmitido de padres á hijos como la preciosa herencia que habia de constituir su principal patrimonio. Nada, sin embargo, se habia escrito hasta Moisés; este fué el hombre destinado por Dios para dar principio á la sublime y eterna obra de la Escritura Santa, en la que habia de imprimirse la palabra divina; y no bien se habia señalado en el primer libro el admirable orden de la Creacion, cuando María se declara como triunfadora de la serpiente infernal y como salvadora del género humano, muerto, por la soberbia infraccion del primer hombre. *Una mujer*, dice el Génesis, en su capítulo

tercero, *quebrantará tu cabeza y tú pondrás asechanzas á su calcañal*; y María quedó escluida para siempre y desde el instante de su Concepcion fuera del dominio de este dragon infernal.

Así lo confirmó el humildísimo Job en igual capítulo tercero, cuando dijo: *que la niebla del pecado original esperó á Cristo su verdadera luz y no pudo comprenderlo ni tampoco el nacimiento de la aurora que le precede*, en cuya aurora está figurada la Concepcion de su Santísima Madre.

Esta misma verdad se hallaba prevista por el profeta Elías, que concibió la pureza de María, figurada en la nubecilla que subia del mar del tamaño de la huella de un hombre, y que en breve se estendió por todo el cielo y fecundó la tierra, como afirma Juan, Patriarca 44 de Jerusalem (1), diciendo: «Que era tradicion conservada hasta su tiempo que este profeta habia descubierto á sus discípulos los cuatro misterios que Dios le reveló en aquella misteriosa nube, y que el 1.º se referia á que habia de nacer una niña limpia de pecado desde el vientre de su madre; lo cual manifiesta con claridad que la religion de la inmaculada Concepcion no fué interrumpida y llegó íntegra y viva hasta los Apóstoles; puesto que la sucesion de los hijos del Carmelo duró siempre desde el santo Profeta hasta Jesucristo.»

Al afirmar esta verdad no hablamos por cuenta propia, sino que aseguramos con la autoridad de autores tan graves y tan antiguos como Paleonidoro (2), Josefo Antioqueno (3), Gilberto Gemblacense (4), y el mismo

(1) Lib. de Instit. monach, cap. 32.

(2) Lib. 1.º Antiquit. heremit, montis Carm, cap. 5, et. 6.º

(3) In Chronic. Hierosol.

(4) Lib. de perfection, milit, cap. 12.

Juan Patriarca en el libro citado, en cuyo capítulo 36 dice: «Que el año 83 de la Encarnacion de Cristo los discípulos sucesores de Elías labraron una capilla en el monte Carmelo y en el mismo sitio donde Elías vió este misterio, en memoria de dicha revelacion y de la limpia Concepcion de la Virgen María. Así es, continúa el Patriarca, que la tradicion conservada desde Elías por un espacio de 900 años, comenzó á correr en la ley evangélica por cuenta de los apóstoles y autorizada con su doctrina.»

Así vemos que Santiago el menor, apóstol y obispo de Jerusalem, en su sagrada liturgia, que compuso en lengua siríaca, manda que el sacerdote despues de la consagracion diga en voz alta: «Memento precipuæ sanctissimæ INMACULATÆ super omnes benedictæ gloriose dominicæ minæ nostræ deiparæ semperque virginis Mariæ.» Y añade que responda la capilla de los músicos: «Dignum est, ut te vere beatam dicamus deiparam semper beatam et omnibus modis irreprehensam, Matrem Dei nostri.» «Es justo que te llamemos verdaderamente bienaventurada, inmaculada, y de todas maneras exenta de reprehension;» cuya fiesta se hallaba en el calendario de Grecia, segun Genebrardo.

San Márcos señaló la misma solemnidad de la Concepcion inmaculada de María en las iglesias de Egipto, de las que era Patriarca, como puede verse en el calendario Alejandrino, que se conservó en las librerías del colegio de Jesuitas de esta ciudad de Sevilla; donde se halla expresamente el dia 8 de Diciembre.

Y en la Grecia, que son las provincias mas cultivadas con las doctrinas de los Apóstoles y en donde fundaron la disciplina eclesiástica San Pedro, San Pablo, San Juan y San Andrés, vemos que estendieron la creen-

cia de este misterio de una manera admirable. San Andrés la predicó, ante los sacerdotes y diáconos de Acaya, protestando ante el proconsul Egeas: «que así como el primer hombre había sido formado de una tierra inmaculada, así era necesario que el hombre perfecto, Hijo de Dios, naciera de una vírgen sin mancha.» De aquí nació el que los padres griegos y santos doctores San Juan Crisóstomo y San Juan Damasceno ordenasen en el calendario de sus iglesias la fiesta de la Concepcion Inmaculada de María, cuya tradicion se corfirmó despues con una ley del emperador Manuel Comneno, que copió Teodoro Balsamon, Patriarca de Antioquía, en sus comentarios sobre el Nomocanon de Fosio (1), en donde el emperador prohíbe que sea licito en parte alguna del imperio hacer actos judiciales ni otras obras serviles en el dia destinado á celebrar la Concepcion de María Santísima.

Pero donde hemos de fijar nuestra atencion y lo que mas interés nos ofrece en el momento es la antigüedad que esta misma devocion tuviera en nuestra ilustre y gloriosa pátria.

España no es ni menos antigua ni menos cierta en su devocion á este misterio que lo fueron las iglesias de Egipto, de Siria y de Alejandría.

Márco Máximo asegura que Santiago el Mayor edificó en Zaragoza una iglesia á la Concepcion Inmaculada de María (que hoy es del Pilar) y que sirvió de modelo aun viviendo la Santísima Vírgen, para las que se erigieron en Sevilla, Tarragona y Toledo.

San Trifon, discípulo de Santiago, dice: Que los Apóstoles definieron en su concilio que la Vírgen fué

(1) Tit. 7.º cap. 1.º

concebida sin pecado, y pone el decreto de los Apóstoles que es el siguiente: «Aquella Virgen, aquella María, aquella Santa fué preservada del pecado original en el primer instante de su Concepcion y libre de toda culpa; y el que asi no lo sintiere no alcanzará vida eterna.» Y el mismo santo en otro libro que tuvo lugar en el Sacromonte de Granada escribió la sublime sentencia que dice: *Mariam non tetigit primum peccatum*; la cual ha merecido hacerse universal y hallarse grabada para perpétua memoria en los mármoles de los templos y en el frontispicio de las catedrales.

San Torcuato, primer obispo de Guadix, y San Segundo, obispo de Avila, predicaron este misterio, estableciendo esta festividad, y arraigaron esta creencia, como consta del oficio gótico reformado por San Isidoro, del que despues hablaremos; y por la forma del juramento que hace el Capítulo de la catedral de Avila.

Ya vemos cual es el fundamento y cómo principió á estenderse en España la devocion á la Concepcion Inmaculada de María, la cual se conservó tradicional por espacio de tres siglos en que apareció un nuevo testimonio y una nueva luz de verdad que venimos afirmando.

Flavio Dextro, hijo de Barcelona, y presidente del Consejo real del emperador Teodosio, escribió un libro que titulo: *Omnimoda Historia*, dedicado á San Gerónimo, (segun el mismo santo confiesa; el que en gratitud le dedicó á su vez el de *Scriptoribus Ecclesiasticis*). Y cuando aquel historiador se ocupa de la Limpia Concepcion, escribe estas notables palabras: *A Jacobi predicatione celebratur in Hispania festum immaculatæ et illibatæ Conceptionis Dei genitricis Mariæ*. De cuya historia hace mencion D. Máuro Castella Ferrer, en la carta al lector

de su Historia de Santiago; San Gerónimo en el mencionado libro de *Scriptoribus Ecclesiasticis*: Honorio en su Historia de los Escritores Ilustres de la Iglesia; y Tarafa de *regibus Hispaniæ in Alarico*, año de 411; con otros muchos escritores que pudieramos citar.

Paulo Orocio que vivió por los años 400 de J. C. confirmó esta verdad en su Epístola *ad Eustoquium*, donde habla de la Concepcion, y recomienda á las mujeres la devocion á este misterio para que no peligran; de lo cual hace mencion Fray Mauricio de Villa Probate (1) y Bernardo de Bustos (2); todo lo cual confirma que en los cuatro primeros siglos España dió brillantes testimonios de su fé y de su devocion á la Inmaculada Concepcion de Maria.

En el siglo V se robusteció esta opinion por todo el mundo cristiano. S. Gerónimo, comentando el salmo 77, la comparó á la nubecilla que vaticinó el Profeta, la cual estuvo siempre en luz y nunca en tinieblas, é insertó en su martirologio la festividad de la Concepcion que celebraban los Palestinos de una manera tradicional, desde el tiempo de los Apóstoles. Efrem Siro llamó á Maria *Inmaculada* (3); S. Cirilo de Alejandria, Exenta del pecado original (4); S. Máximo, Obispo de Turon, Digna habitacion de Cristo por la gracia de su origen (5); S. Próclo asegura que fué formada de una masa purísima (6) y S. Agustin, re-

-
- (1) Coron. Maria serm. 16, f. 46.
 - (2) Serm. de Concep. p. 3.^a
 - (3) Orat. D. S. Dei genit.
 - (4) Cap. 15.
 - (5) Hom. ant. nat. dom.
 - (6) Orat. 6.^a de laud. Sta. Gen.

futando á Pelagio, escribió, que todos contrajimos la mancha del pecado, escepto la Santísima Virgen María.

Del mismo modo opinaron en el siglo VI S. Venancio, S. Fortunato, S. Atanasio Sinaita y especialmente S. Fulgencio, que la llamó exenta de pecado.

S. Gregorio Magno, en el siglo VII enseñó que estaba libre del reato de origen; y el glorioso S. Isidoro colocó entre las festividades sagradas la de la Concepcion de la Santísima Virgen, diciendo en sus alabanzas de María, que estaba exenta de pecado.

El concilio 4.º de Toledo accediendo á la petición del rey godo Sisenando, que murió en 635, dispuso se formára oficio sobre el misterio, y que una cosa de tan gran momento se confiase al mismo S. Isidoro, Arzobispo entónces de Sevilla. Chindaswinto, rey de España, muerto en 651, llevado de su devocion á la pureza virginal, mandó se observase todo lo dispuesto por el dicho S. Isidoro; y nuestro piadoso rey Wamba cedió al Abad de la Iglesia de S. Salvador de Libia, el pueblo y templo así llamado, con la obligacion de celebrar en cada año la fiesta de la Concepcion Inmaculada, habiendo merecido por su celo y piedad que el concilio XI de Toledo le denominára defensor y reparador del culto de la Purísima Concepcion. Así lo vemos extractado en el famoso sermon del Dr. D. Francisco Solís.

De la comision que recibiera S. Isidoro para reformar y ordenar el Misal y Breviario, á fin de que en toda España fuera uniforme, se hallan noticias importantes en las obras de Ambrosio de Morales (1).

(1) Lib. 12, cap. 19.

Mariana (1), Loaisa (2), Baronio (3) y otros; donde vemos que la Misa de la Concepcion se halla aprobada por dos Sumos Pontífices; primero, por Juan X, año 918; y despues, por Alejandro II el año de 1064, en cuya época se reunió un concilio en Mantua, al que asistió el Sumo Pontífice, en donde fué examinado de nuevo el dicho oficio de S. Isidoro. A el que asistieron tres Obispos españoles que presentaron al Concilio el Misal, y fué aprobado como católico y recomendado á todas las iglesias de España. Tal fué la gloria de nuestra pátria en los tiempos á que nos referimos, respecto á la devocion y creencia en la Inmaculada Concepcion de Maria.

En el siglo VIII, el concilio II de Nicea, celebrado en 787, dice: «Que Maria fué mas sublime que todas las criaturas visibles ó invisibles:» y aprobó la epístola sinódica del patriarca de Jerusalem Teodoreto, en la que se la confiesa superior á toda la naturaleza inteligible y sensible. El concilio Francofordiense, celebrado en Occidente en 794 aseguró contra los Adoprianos que la Santísima Virgen era *terra etiam animata et immaculata*; y S. Juan Damasceno dijo: «En este Paraiso no tuvo entrada la serpiente infernal.» (4)

En el siglo IX, Cárlo-Magno celebró esta festividad y la dejó establecida en Francia antes de su muerte, que ocurrió en el año 817; y Federico Germano rey de Hungría y despues Arzobispo y Patriarca de Aquileya, la instituyó en todas sus iglesias por los años 897.

(1) Lib. 6.º cap. 5.º

(2) Notas del Conc. cap. 3.º

(3) Tom. 8.º año 633.

(4) Orat. 2.ª de asunto.

La sagrada órden de Santiago, que principi6 por los años 820 á 830, como prueba Radés, (1), Mora (2), y mas copiosamente D. Máuro; (3) levantó un monumento glorioso á la Inmaculada Concepcion en su convento de Uclés. Allí celebraba la solemne fiesta de la Inmaculada con su Octava, y allí se erigió una capilla donde se conservó una imágen antiquísima de la Concepcion; lo cual confirma la idea de que no fué el primero D. Francisco Gimenez de Cisnero el que labró un templo en honor de la Concepcion Inmaculada, como generalmente se cree. Siendo además una constitucion espresa de esta órden en su titulo 20 «que se cante cada dia la salve á la hora de la tarde con las oraciones acostumbradas, debiendo ser la primera de la Concepcion» todo lo cual se estableció en conformidad con las acostumbradas tradiciones.

En el siglo X el esclarecido S. Pedro Damiano, la eximió de mancha original y Leon el Sabio, Emperador de Constantinopla, disertó con aparato solemne en honor de la Inmaculada Concepcion la Santísima Virgen, por los años de 211.

En el siglo XI, escribiendo San Anselmo á los obispos de Inglaterra sus hermanos, exclamaba: «Todos murieron por los pecados originales ó actuales, excepto la Madre de Dios» (4).

Además, los trabajos de San Bruno, muerto en 1101, para afianzar y estender esta fiesta entre sus hijos y entre todos los fieles, y la aprobacion que en 1120 dió

(1) Fol. 3.º de su Cron.

(2) De confirm. ord. lib. 1.º cap. 2.º

(3) Lib. 4.º de la Hist. ilustr.

(4) Cap. 12 in Epist. ad Cor.

Calisto II al Orden Premostratense, disponiendo que los hijos de San Norberto lleváran el hábito blanco á honor de la pureza de la Virgen, prueban que en el siglo XII se veneraba la Concepcion Inmaculada de María.

Mas en aquel tiempo la idea de la Concepcion flaqueó algun tanto por el contenido de la Carta que San Bernardo dirigiera á los canónigos de Leon de Francia en 1140, reprendiéndoles por haber establecido dicha fiesta sin consultar á la Santa Sede, lo cual entorpeció la marcha magestuosa con que desde el tiempo de los Apóstoles habia progresado la fé en este misterio; pero esta Carta fué bastante mal entendida y mal estudiada á la vez. San Bernardo solo pretendió hablar de la generacion activa que es la del cuerpo y su organizacion, pero no de la pasiva, ó sea cuando el alma se infunde en un cuerpo organizado. Por esto decia: *Unde Conceptionis sanctitas? An forté inter amplexus maritales sanctitas?* Saliendo el alma de las manos de Dios no habia verdadera criatura, ni pertenecia á la generacion de Adan, ni tenia de qué santificarse.

Sin embargo, la opinion contraria á este misterio principió á estenderse, siendo gloria de España el haber tardado cincuenta y seis años sin aceptarse por ninguno de sus grandes hombres; antes por el contrario se levantaron para impedir su paso los reyes como los obispos.

En el siglo XIII, San Buenaventura presidiendo el Capitulo general de su Orden Seráfica celebrado en Pisa el año 1263, dispuso que por todos los franciscanos se rezára el oficio de la Inmaculada Concepcion, despues de haberse mandado en Asís en 1219 que se celebrara una misa en honor de la Inmaculada Concepcion todos los sábados del año.

Pero el mas admirable de todos los siglos, en el

que mas se desarrolló y aclaró esta verdad, lo fué el siglo XIV. El Papa Benedicto XI queriendo terminar las disputas suscitadas á consecuencia de la referida Carta de San Bernardo, mandó por los años de 1304 que en la misma Universidad de Paris, centro de toda tesis y bajo la presidencia de sus legados pontificios se suscitase una solemne controversia á la cual habian de concurrir todos los doctores y teólogos mas acreditados de aquella época.

Francisco Juan Dunns Scotto fué el elegido por la Orden Seráfica para defender la verdad de este misterio. Doscientos argumentos se le presentaron en contra, los que fueron oídos por el *Subil* con religiosa modestia, y despues de analizarlos y de esponer la doctrina de la Escritura, Santos Padres, y Razon concluyó diciendole: «Si segun todas las doctrinas ni se opone á la Escritura, ni á la razon el que J. C. eximiera á su Madre del pecado del primer hombre, es claro que pudo eximirla. *Potuit*. Aun mas, si la Escritura y la razon persuaden que le pudo conceder este privilegio no nos queda duda que le fué decoroso consedérselo. *Beuit*. ¿Y cómo dejaría de hacer lo que interesaba al Hijo y á la gloria de su Madre? *Ergo fecit*. La convicción fué general y la voz de un aplauso uniforme interrumpió aquel profundo silencio. La Universidad hizo suya la doctrina y acordó, con aprobacion de los Obispos, hacer voto de celebrar cada año el misterio de la Concepcion Inmaculada, y de no conceder grado alguno literario sin que precediera el juramento de defender la pureza virginal de María.

España, siempre gloriosa en la fé de la Virgen secundó aquel pensamiento; y los reyes, el clero y el pueblo levantaron su voz en honor de la Concepcion Inmaculada.

da; mereciendo especial mención el rey D. Juan I de Aragón, el que promulgó una ley en favor de la Inmaculada Concepción, en la cual se prohibía sustentar la opinión contraria, componiendo una fervorosa oración muy superior á la que hizo en Oriente el emperador Leon el Filósofo. También fundó la insigne cofradía en honor de este misterio, que despues estimuló á los demás reyes sus sucesores.

En los siglos XV y XVI continuaron los reyes de España distinguiéndose por su acendrada fé en este misterio. D. Juan II de Aragón, sacó una ley semejante á la anterior en el año de 1454 como puede verse en la recopilacion de las Constituciones de Cataluña (1); y los reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, es generalmente sabido que fundaron en Granada una cofradía de que fueron los primeros hermanos mayores; llegando su celo hasta el punto de llevar al Nuevo Mundo, descubierto por el inmortal Colon, la devocion de la Concepcion Inmaculada, dedicando á su nombre el nombre de algunas Islas como se refiere en las *Cartas de las Islas nuevamente descubiertas*, (2) y como lo escribe Bernardino de Bustos en la parte 3.^a de su sermón de Concepcion.

Y desde entónces no es posible referir cuánto se hizo y escribió en favor de este misterio; se veneró en todas las religiones; lo confesaron todos los pueblos; le dieron culto todas las diócesis; lo confirmaron todos los Pontífices; lo sostuvieron todos los teólogos; y todos los fieles se lactaron con esta creencia. Treinta y tres soberanos Pontífices habian hablado ya en favor de la

(1) Vol. 1.^o lib. 1.^o tit. 11.

(2) Tom. 2.^o de la Esp. ilustr.

Concepcion. El Concilio de Trento habia favorecido la inocencia de María, diciendo que no era la mente de los PP. ni de la Iglesia comprenderla en el pecado del primer hombre (1); mandando se observase lo dispuesto por Sisto IV. Y Paulo V habia prohibido disputar en público sobre este misterio. En una palabra, el misterio, al fin del siglo XVI, se hallaba negativamente definido, como con profunda erudicion lo demostró el referido Dr. D. Francisco Solís en su sermón de la declaracion dogmática, predicado en la Iglesia de S. Francisco, de Córdoba, el año de 1855.

Hemos terminado, aunque á grandes rasgos, una historia que debería ocupar grandes volúmenes si hubiera de ser acabada; pero nuestros lectores comprenderán, sin embargo, toda la grandeza, toda la fé, y toda la verdad tradicional de este misterio, que ha de ser el timbre glorioso del siglo en que vivimos y contra el que se estrellarán los furiosos de las iras revolucionarias; no estendiéndonos en este punto por ser objeto de otro artículo.

Nosotros, sin embargo, que hemos colocado nuestra obra bajo la proteccion de este misterio, nos sentimos llenos de fé y de valor para defender á la Iglesia y á su Pontífice Supremo de los rudos ataques que en la prensa y fuera de ella se le dirijen; y llenos de confianza esperamos la victoria que tal vez alcancemos antes de lo que algunos incrédulos pudieran prometerse. Por hoy ofrecemos á la Virgen Inmaculada este pobre trabajo que será como la ofrenda de nuestra fé y devocion, la que nos conducirá con un

(1) Ses. 5.^a de pec. brig.

valor sereno y notable en la espinosa tarea de defender á la Religion Santa de tantos enemigos como ahora hipócrita, ó impúdicamente se empeñan en combatirla y eclipsar el hermoso cielo de su divina doctrina, de su fé, y de su moral sublime, sostenida por su fundador divino Jesucristo.

JUAN BAUTISTA SOLÍS, PRO.



Ligeras reflexiones sobre la declaracion dogmática
de la Inmaculada Concepcion, bajo el punto de
vista del Pontificado de Pio IX.

Entre los diversos acontecimientos que han tenido lugar en nuestro siglo, ninguno más importante ni más digno de estudio, que el que ahora vá á ocuparnos. Los antecedentes que lo determinaron, las circunstancias que le acompañaron y la última autoridad que intervino en su realizacion, dán á este hecho un carácter y significacion que es imposible desconocer. Se ha pretendido desdeñar sus grandiosos resultados y apartar de la conciencia de los pueblos su exámen y atenta consideracion; se ha querido sepultar bajo la losa del olvido, esta suprema y gloriosa manifestacion del Pontificado. ¡Vanos esfuerzos! Dios habló por boca de Pio IX, y en este momento, doscientos millones de católicos, están dispuestos á sellar con su vida, la creencia del Pontífice inspirado. Y

pasarán los siglos y las generaciones, y desaparecerán las más grandes instituciones, no quedará nada, todo dormirá el sueño del sepúlcro, pero no faltará la fé en la Inmaculada Concepcion.

Cuando hechos de tal magnitud, de tan inmensas y colosales proporciones tienen lugar en el mundo, ¿cabe el olvido ó el desprecio? ¿El silencio no sería una evidente y criminal complicidad? ¿Sería justo que LA VERDAD CATÓLICA que ha colocado sus humildes trabajos bajo el amparo y proteccion de la Virgen Inmaculada y bajo la fé del Pontificado, no tributára al recuerdo de la declaracion dogmática en su duodécimo aniversario algunas ligeras consideraciones? Por ningun motivo, nos creémos dispensados de cumplir el más grande deber que nuestras creencias nos imponen; pues se trata de lo que más amamos y veneramos en la tierra, de lo que constituye nuestra fé y afirma nuestras esperanzas; por lo que juzgamos de todo punto necesario, formular nuestras convicciones sobre tan importante materia.

Para todo estaba preparado nuestro siglo, menos para un acto de la índole que nos ocupa. La declaracion dogmática es verdaderamente un acontecimiento extraño é incomprensible, que no tiene razon alguna de ser en el órden de cosas conocido, y que solo alcanza una esplicacion racional y conveniente, trasladando el pensamiento á otra región, otra série de ideas que las que entonces dominaban en el mundo. El siglo XIX nace al calor del genio del gran Napoleon: percibe un bautismo de gloria, de manos de aquel Conquistador, y al través del humo del cañon en que se vio envuelto, percibe una estela de grandeza que le fascina, y esclavo de su ambicion y de su debilidad aco-

mete con ardimiento é incansable perseverancia la destruccion del *pasado*, acompañando al guerrero en un canto de triunfo y por entre una inmensa superficie sembrada de ruinas. No muere todo lo que el hombre quiere; es preciso esperar la hora de la Providencia, y quien se anticipa sucumbe al peso de la impotencia y del mas amargo despecho. Alejandro, César y el ilustre proscrito de Santa Elena serán siempre el sello de esta verdad.

Mientras que el imperio enmendaba el antiguo plan de las naciones, señalando con la punta de su espada las nuevas líneas geográficas de los pueblos, su diplomacia quedaba encargada de comentar y hacer aplicaciones prácticas del *nuevo derecho*, la ciencia moderna arrastrada igualmente por el odio á lo antiguo destruye y niega, y á falta de principios con que sustituir los santos y fundamentales de la sociedad, da nueva forma á los errores pasados, y empuñando á guisa de mosa el cetro de su soberanía despliega á todos los vientos el estandarte de su grandeza; proclamando como única solucion de lo presente y fórmula suprema de lo porvenir la independendia del pensamiento y el reinado esclusivo de la *razon pura*. Y cuando algunos felices circunstancias, no todas hijas de sus estudios y laboriosos esfuerzos, dieron por resultado varios notables descubrimientos en el órden de la naturaleza é hicieron pasar ante el asombro y sorpresa de los pueblos las máquinas humeantes y los hilos eléctricos encargados de comunicar el pensamiento con la velocidad del rayo, y nuevas ciencias abrieron la serie de sus trabajos, completándose á la vez algunas de las antiguas: ¡oh! entonces no fueron poderosos á dominar su entusiasmo y loco orgullo. Llenaron los aires de

plácemes y aplausos: publicaron solemnemente la ley del progreso; escribieron en el bronce y el mármol los nombres de mil personajes desconocidos al pueblo; los museos fueron pequeños para contener á los nuevos huéspedes, y las plazas y los paseos se vieron adornados con un número considerable de estatuas.

La humanidad habia cambiado de rumbo, no era la fé la que alimentaba su corazón é inteligencia. Habia roto y hecho pedazos el brillante y magestuoso fulgor del pasado, que la razon y la fé sábiamente dirigidas por el Pontificado, habian elaborado con notable perseverancia, á lo largo de los siglos y á vueltas de mil y mil dificultades. Todo lo que le hablaban de fé, de inspiracion religiosa, de dependencia de la razon, de responsabilidad moral, de sumision á la voz de la Iglesia creada por Dios para ser la maestra é intérprete de la verdad, despertaba sus iras y su sed de destruccion. Y todas las reminiscencias de los siglos anteriores fueron atacadas violentamente, no dejando cuartel á nada ni á nadie; y las instituciones, las costumbres, las leyes, los asilos de la fé y las ceremonias de oracion fueron destruidas y arrojadas sus cenizas al viento. Así creyó nuestro siglo deber manifestar su gratitud á los beneficios que los anteriores á ellas llenas le habian prodigado.

Solo el pontificado quedó en pié, inmóvil y sereno, sobrenadando como el *Lotho* entre las olas de la devastacion y de la conflagracion universal; no por la fuerza y virtud del espíritu del siglo, sino á su pesar, no obstante de sus desesperados esfuerzos. Se habia visto un Papa morir en la prision, y otro salir de una prision proscripto y encadenado, pero el sentimiento común de todos los pueblos le devolvió la libertad

y la independencia, regando con sus lágrimas el camino de su triunfo. Y es triste de notar que, las ideas á la vista de tan grandiosa enseñanza continuaran la misma direccion, que el espíritu del siglo les habia marcado. Ya que no habian podido concluir con el Pontificado, como lo significaban evidentemente los ruidosos funerales que en varios puntos habian hecho de aquella venerable institucion, empezaron á poner obstáculos insuperables á su egercicio é influencia; concluyendo por sembrar la duda y la desconfianza, y cierto espíritu de hostilidad en el ánimo de los poderes y de los pueblos. El desprecio y el olvido fué acobardando á los *libres-pensadores* á discutir y obrar, como si no existiera semejante autoridad para las almas, cuidando siempre de crear atmósfera y no proporcionar ocasion alguna para ejercer su odioso proselitismo.

Mas hé aquí, que corría el año de gracia de 1849; y el bondadoso, cuanto infortunado Pío IX, sufría en Gaeta con noble resignacion los horrores de la ingratitude, de la proscripcion y del destierro. Debió de ser una hora terrible para el Pontífice aquella en que se encontraba. ¡Él, tan bueno y tan amante de Italia, él, que no habia omitido medio alguno para procurar la paz y prosperidad de aquel pais, él, que habia sacrificado la política tradicional del papado por satisfacer las exigencias y aspiraciones de la Italia, y de varias naciones de Europa, él, desterrado, burlado, odiado y en peligro su preciosa existencia..... ¡Oh! ¡Dios perdone á aquellos desgraciados y no les tome jamás en cuenta tan horrible acontecimiento! Por entonces, en aquellos momentos de desamparo y mortal congoja, cuando las olas amargas de la tristeza ro-

daban silenciosas sobre el corazón del Papa con paso tardo y pavoroso, el devoto de María Santísima y augusto representante del Salvador del mundo eleva al cielo sus ojos cargados de lágrimas, demandando consuelo y amparo. Y á poco, el semblante del noble anciano se reanima con estraña y desconocida alegría; un rayo de luz celestial dá magestad y brillo á su angustiada frente; y la Virgen Madre, la divina María, la graciosa dispensadora de la misericordia de Dios baja envuelta entre fúlgidos resplandores de oro y púrpura á visitar el corazón del ungido del Señor. Debíó de estar María al lado de aquel infortunio tan cristianamente sobrellevado; y en aquella hora del misterio del amor y de la misericordia del cielo debíó de escuchar el sucesor de S. Pedro, palabras altísimas y consoladoras.

Con este motivo, el venerable Pio IX, depositario de las confianzas de María, levanta su voz en tono de súplica, cuyo dulcísimo eco recorre toda la redondez de la tierra por medio de su inmortal Encíclica de 2 de Febrero del mismo año; y la Iglesia universal acoge con júbilo y santo entusiasmo el grito del inmortal Pontífice, consagrándose desde este día al estudio de un asunto que tanta gloria habría de reportar á la reina del cielo y de la tierra. El mundo entero se conmovió á las palabras del supremo sacerdote. Las respetables comisiones de cardenales y teólogos, nombradas por S. S., los reverendos obispos del orbe católico por medio de sus respuestas á la Encíclica y Cartas pastorales dirigidas á sus diocesanos, inauguran una serie de trabajos teológicos sobre el decreto de la Inmaculada Concepcion, ya por sí mismos, ya por su impulso en los concilios y sínodos, academias, uni-

versidades y colegios. El clero secular y regular, y los fieles de todas partes estudian los unos, é instan y suplican los otros porque luciera pronto el dia de la gloria de Maria.

Mientras tanto el averno vomitó toda su malicia y despecho contra los designios de la Iglesia y la accion de la Providencia divina. Los cismáticos y los hereges, los incrédulos y los *filosofastros* oponian constantemente ruidosas blasfemias, amenazas, desprecios, razones de inconveniencia y de inoportunidad, todo género en fin de obstáculos, para que no se decretára á Maria uno de sus mas bellos y gloriosos triunfos,

Pero todo fué inútil; pasaron algunos años, y la capital del mundo cristiano ofrece dulce y amigable hospitalidad á innumerable multitud de estrangeros que, partiendo de lo mas apartados paises de la tierra, llegaban á Roma para dar testimonio del admirable acontecimiento que habria de tener lugar. ¡Sería de ver á aquellos venerables obispos, doblemente respetables] por su elevado carácter y sus años, cruzar anhelosos la estension de los mares y las mas largas y dilatadas zonas, despues de haber vencido dificultades de otra índole, obedientes al llamamiento del Pontífice! El corazon se siente poderosamente conmovido al recuerdo de aquella tierna quanto imponente festividad.

Era el dia 8 de Diciembre de 1854, y nos hallamos en el augusto templo de S: Pedro, el mas grande y mas hermoso que las manos de los hombres han consagrado á la divinidad. Dejemos hablar ahora á un ilustre festigo, y mártir despues, del misterio que allí iba á proclamarse; retirando con respeto nuestra pluma para dispensarnos el honor de copiar las im-

presiones y recuerdos, que con motivo de esta solemnidad, dirigió al clero y fieles de su diócesis el inolvidable Mr. Sibour, Arzobispo de París.

«En sus vastas naves, decía, refiriéndose al templo dedicado al jefe de los Apóstoles, se apiñan y confunden las oleadas de una inmensa multitud, impaciente y sin embargo recogida. Ahora sucede en Roma lo que otra vez en Efeso: siempre son populares las fiestas de María. Los Romanos se preparaban á acoger la Definición de la Inmaculada Concepcion como lo hicieron los Efesos la de la divina maternidad, con cánticos de alegría, con iluminaciones de gozo y los mas vivos trasportes.»

«Entre tanto, ved en el umbral de la Basílica, al Supremo Pontífice. Está rodeado de doscientos Obispos que han venido de los cuatro extremos del universo cristiano, el cual tiene duplicada estension que el antiguo mundo romano. Allí están los ángeles de las iglesias como testigos de la fé de sus pueblos en la Inmaculada Concepcion. De repente prorrumpen las voces en súplicas tiernas y multiplicadas. El séquito de Gerarcas atraviesa lentamente el vasto recinto del templo, y viene á tomar sitio al rededor del altar de la Confesion. Sobre la silla de S. Pedro está sentado su ducentésimo quincuagésimo octavo sucesor.»

«Principian los santos misterios, y bien pronto se anuncia y canta el Santo Evangelio en las diversas lenguas de Oriente y de Occidente. Hé aquí el momento solemne señalado por el decreto pontificio. Un Obispo, antiguo confesor, cargado de años y de méritos, se acerca al trono; es el Decano del Sacro Colegio que, como otra vez el anciano Simeon se tiene por dichoso en haber llegado á ver el dia de la gloria de María.

Dirige al soberano Pontífice en nombre de todos los Obispos la postrera postulacion, y el Papa, los Obispos y toda aquella grande Asamblea caen de rodillas. Hácese oír la invocacion al Espíritu Santo; y el sublime himno se repite á la vez por veinticinco mil voces, elevándose al cielo como un inmenso concierto.»

«Concluido el cántico, y levantándose el Pontífice se pone en pié sobre la silla de S. Pedro; un rayo celestial, visible efusion del espíritu de Dios, ilumina su semblante, y con voz profundamente conmovida, entrecortada por los suspiros y entre un torrente de lágrimas de alegría, pronuncia las solemnes palabras que colocan á la Concepcion Inmaculada de Maria entre los artículos de nuestra fé.»

Quisiéramos continuar trascribiendo las oportunas y sábias consideraciones que el Reverendo Arzobispo espone con motivo de esta solemnidad, y las no menos sábias y oportunas que nuestros ilustres Prelados dirigieron á sus Diocesanos, por aquella sazón. ¡Qué unidad de sentimientos y de miras, qué fé, qué valor y abnegacion, qué respeto y sumision tan profunda, qué amor tan entrañable manifestaron los Obispos al supremo Pontificado! A la vista tenemos una coleccion considerable de esos documentos que pasarán á la posteridad laureados de una gloria inmortal. Y debemos asegurar que, cuando nos ponemos en contacto de estas brillantes manifestaciones, y sentimos en nuestro corazon y conciencia el peso de tan admirables conceptos, nos creemos en la imperiosa necesidad de levantar muy alto el grito de nuestra fé y confianza en el Pontífice que hoy se sienta en la silla de S. Pedro. Una época que alcanza el honor de ser aleccionada por Pio IX, á quien tan admirablemente secundan los Re-

verendos Obispos, que en la actualidad rigen las sillas episcopales, tiene derecho á esperar un risueño y próspero porvenir.

En efecto, entre la multitud de reflexiones que se agolpan á la mente, al examinar los resultados de este grandioso acontecimiento, resalta á la vista la unidad íntima, compacta y poderosa, que la declaracion dogmática ha venido á realizar entre el Papa y los Sres. Obispos, entre estos y los fieles cristianos. Nunca se meditará suficientemente los grandes bienes que para lo porvenir ha de reportar esta fuerza, este elemento de vida, que tantas veces ha salvado al mundo de la mas horribles catástrofes. El episcopado católico está escribiendo en la actualidad una de las páginas mas brillantes y gloriosas de su historia: está ejerciendo una altísima mision, que sin duda la Providencia le tiene confiada. Esa adhesion y heróica firmeza con que hacen suyas y sostienen todas las palabras del bondadoso Pontífice, esa gloriosa emulation que les distingue, ocupándose con frecuencia en dar pruebas inequívocas de su respeto y consideracion al sucesor de S. Pedro, es á nuestro juicio una de las señales mas consoladoras para no abatirse y desesperar de lo porvenir. La Providencia, á no dudarlo, ha preparado y dirigido esta salvadora actitud de la Iglesia, no siempre comun en la historia, para esta hora solemne, en que el Pontificado, quizás esté atravesando la crisis mas difícil y terrible que haya podido pesar sobre sus largos siglos.

Pero no temamos ni dudemos un momento. La vida cristiana ha tomado visible y sorprendente desarrollo desde la Declaracion Dogmática de la Inmaculada Concepcion. No hay un pais en el globo en que no se ame

mas á María y se deje de confiar, ahora mas que nunca, en su poderosa proteccion. Son muy pocos, además, los que odian al Papa; y estos pasarán muy luego con el oprobio de su impotente furor. Todos los hombres sensatos é imparciales conocen muy bien el terreno que, por todas partes va ganando la doctrina católica; y que los ánimos cansados y desalentados por el vacío que dejan ciertas teorías, se replegan naturalmente al puerto de salvacion, á la autoridad de la Iglesia, que sin mucho ruido de palabras, sin ningun aparato escénico sabe responder á todos los derechos y necesidades de la humanidad.

Se nos dirá que soñamos, y se cerrará con desprecio la REVISTA en que escribimos; esta contestacion sabemos que es muy cómoda, muy usual y corriente, pero jamás hemos podido aprender que sea de todo punto razonable. Nosotros *soñamos*, sí, pero lo hacemos á la luz tranquila del raciocinio, fortalecidos por la historia, dirigidos por la fé y por los sentimientos de nuestro cristiano corazon. Y por cierto, que nada tiene en todo caso, de feo y repugnante nuestro sueño. Como tenemos una fé ardiente y profunda en el misterio de la Inmaculada Concepcion, como amamos con todas nuestras fuerzas á la Virgen Inmaculada, y esperamos que jamás nos ha de faltar su generosa proteccion, tanto mas cuanto que la Providencia ha escogido nuestros dias para glorificar en ellos con los resplandores del dogma á la Virgen Madre; creemos en la bondad y misericordia de Dios, y nos figuramos que Pio IX, atravesará felizmente esta situacion, venciendo á todos sus enemigos; y despues de una época más ó ménos remota, la Europa volverá otra vez á inclinarse bajo el cayado de Pedro, y se habrá salvado en el mundo la justicia y el derecho.

Por lo demás, nadie podrá negar que la declaración dogmática ha inaugurado en el Pontificado una era de grandeza, de pujanza y de gloria que, sin esfuerzos puede compararse con las mejores y más notables de aquella venerable institución. No, no ha sido un hecho aislado; sino la causa generadora de los más importantes resultados. Recuérdense ahora todos los actos posteriores del Papa, y será imposible desconocer la altura en que se ha colocado en nuestros días este ilustre Pontífice. Pio IX brilla hoy en el mundo con una aureola de grandeza, que impónle á sus mismos enemigos, y que muchos le envidian. Apesar de la multiplicidad de asuntos que hoy ocupan la atención de los gobiernos y de los pueblos, no obstante la volubilidad y rapidez con que se agitan todos los acontecimientos y los más grandes intereses, Pio IX es el constante objeto de la expectación universal: todos miran á Roma con inquietud, bajo la presión de los mas encontrados afectos.

Después de todo ¿qué sucederá? ¿Si será que la Virgen Inmaculada quiere que presencie el mundo la victoria de su amado Pontífice? Siempre será un hermoso y sublime espectáculo ver á Pio IX, al anciano que hoy gobierna la barca de Pedro, sereno y tranquilo, con la mano firmemente colocada sobre el timón, ahora que mas ruge la tempestad, ahora que las olas del abismo mas rebullen y se agitan, ahora que los mas amigos le retiran su auxilio y ayuda. Mientras amanece el tan deseado día de la paz y venturosa calma, nosotros en la oración meditemos el himno de la victoria. La Virgen está con Pio IX. Gloria por siempre sea á la *Concepcion Inmaculada*.

AGUSTIN SANCHEZ TORRES, PRO.

**La Concepcion Inmaculada de María como
sentimiento del corazon cristiano.**

«Hay ciertas proposiciones, decía el elocuente Bossuet, estrañas y difíciles, que para probarse sólidamente requieren todos los esfuerzos del discurso y los recursos todos de la elocuencia; pero existen otras que al primer aspecto despiden una claridad inefable para las almas, por la que el sentimiento religioso gusta de ellas, y como que se las asimila aun antes de ser demostradas.» Este es cabalmente el carácter de esa tesis consoladora, con que el corazon cristiano afirmó siempre de un modo espontáneo la preservacion original de María, resistiendo el que la comun ponzoña por quien la humana naturaleza se corrompe, se profanan nuestras facultades, se altera hasta la sustancia de nuestra naturaleza, y se introduce la muerte en las

mismas fuentes de la vida, pudiera haber contaminado á la Madre del Eterno Verbo.

Al tratar, pues, este misterio cuyas armonías tienen una relacion tan íntima en el fondo de nuestra naturaleza, dejaremos á nuestros colaboradores su prueba dogmática é historial, por la enumeracion crónica de las bellas alegorías que retrataron á nuestra dulce Madre, las profecias anunciadoras de su alto destino, y las sentencias de los Padres, como tradicion ineluctable en favor del misterio que enaltece nuestra fé. Nosotros bajaremos á las profundidades del corazon filial en sus espontáneos sentimientos respecto á el honor de su Madre por sola la naturaleza, y elevándolos despues al orden sobrenatural de la gracia, dirán con conviccion profunda: *Maria, fué siempre Inmaculada.*

¡Qué bien dijo un escritor moderno asegurando que una Madre pura y cristiana era la principal obra de la providencia y el trono por escelencia del amor! Cada pensamiento, cada oracion suya es una leche divina que corre hasta el alma de su feto para bautizarle prematuramente en el honor y la santidad. Solo á ella se le ha concedido tocar durante nueve meses el alma de su hijo, imponiéndole predisposiciones para la bondad. Y despues que ha nacido, y una palabra puede deslizarse por los tortuosos canales de su oido. ¿Quién le ofrece la primera revelacion? Antiguamente era Dios; ahora es Dios, pero por nuestra Madre purificada. Sí: el primer Dios del niño es su Madre. El ministerio sacerdotal que ella principia á egercer con él, cuando le lleva en su seno y la constancia con que le sigue siempre por la penetracion del instinto, el interés de la piedad y los sacrificios del amor, forman entre ambos tan estrechos lazos de unidad misteriosa, que si el alma del hijo gastada

después en las escenas del vicio, no creyere en virtud alguna, creería en la de su Madre. Se atrevería á manchar con el veneno de la maledicencia la pureza virginal de un Angel de la tierra, pero bendeciría la de su madre y si fueran ofendidos los fueros de su maternal sacerdocio derramaría hasta la última gota de su sangre para defenderlos y salvarlos. Este es el corazón filial. Así plugo á Dios estrechar los intereses de creencia y respeto entre el hijo y la madre.

Pues bien, es indudable que el orden natural y visible es la figura del orden sobrenatural y divino. La redencion del mundo por la efusion del espíritu de Dios, es llamada en la Escritura una creacion nueva: *Emitte spiritum tuum et reabuntur*. Y nuestra vocacion á la gracia es llamada una generacion recibida de Dios: *Genuit nos Verbo veritatis*. Supuesto que hay semejanza é identidad en los términos, es tambien necesario que la haya en las ideas y en las cosas. Segun los libros santos, la vida y la gracia se trasmite, se conserva y se perpetúa por medios nobles y misteriosos, pero análogos á aquellos por los que se perpetúa la vida de la naturaleza. Hay una generacion espiritual y divina que nos hace nacer para el cielo, como hay una carnal que nos hace nacer para la tierra. La vida natural principió por un hombre unido por Dios Criador á una muger; por consiguiente, la vida espiritual debió tener por principio un hombre unido á una muger por Dios Redentor. De modo que así como en el orden temporal, además del padre, principio de la vida, tuvimos una madre por quien esa vida se nos comunica, así tambien en el orden espiritual, además del padre, autor y principio de la gracia, que es Jesucristo, debimos tener una madre *llena de gracia*, y por quien la gracia nos fuese dada. ¿Es esta Madre

María Santísima? Es imposible que el sentimiento filial del hijo cristiano, pueda creerla sujeta al yugo de Satán por la culpa; la fé que lo eleva, el amor que le inspira, y los lazos de esa caridad divina que con ella lo estrechan, le impulsarán siempre á creerla pura en el instante dichosísimo de su Concepcion!

Esa idea de que una Virgen hermosa y pura como la luz, repararía con su divino alumbramiento el mal que había hecho la primera muger, era generalísima entre las naciones anti-diluvianas. Ella que sostuvo las esperanzas de una raza decaída, no se borró de la memoria de los hombres en la época de su gran dispersion en las llanuras del Sennaar, y con ellos se llevaron mas allá de los montes y de los mares tan dulce, bien que lejana idea. Mas tarde, cuando la religion primitiva principió á perderse entre las sombras, la idea de la Virgen Madre resiste en su accion á la del tiempo, y se eleva sobre las ruinas de las creencias perdidas entre las fábulas del Politeismo, como el arbusto siempre verde que crece sobre las ruinas de la que fué la grande Babilonia. Por esto, si se registran los anales religiosos de todos los pueblos la Virgen Madre se halla en el fondo de todas las Teogonias. Tal es la ninfa santa del Japon y del Tibet, y una parte de la península oriental de la India. Ella es la Diosa popular del Chino, viéndola concebir al simple contacto de una flor de las aguas. ¡Qué vislumbre de pureza! El Lama y el Druida, ó hacen que los rayos del sol fecunden á la Virgen Madre del Dios de Siam, ó la retratan dando á luz por un misterio al Dios Salvador. ¡Qué escepcion tan marcada de las leyes comunes de la naturaleza! Los Maceninos que habitan las orillas del lago Zarayas se embelesan con

la que es Madre del que despues de obrar estupendas maravillas, se eleva en los aires y se convierte en sol. Pueden reunirse en verdad los trozos esparcidos de las creencias adulteradas, y se formará el gran cuadro de la Madre de Dios, en que resalta siempre la luz de la aurora porque en él no se admiten sombras con las que la pureza pueda manchar sus bellos resplandores. Resonó empero la voz del eterno testamento en la cátedra de la cruz: *ecce Mater tua*; vé ahí á tu Madre. Pues bien; el corazon cristiano no puede admitir la mancha en María juzgándola por las leyes comunes de la naturaleza.

El no puede limitar sus sentimientos á solo la esfera del orden natural; se halla elevado por la fé, y las ideas que en él se derraman, no pueden presentarle á María, en el orden de su maternidad, sin las consecuencias del orden supremo á que ha sido elevada. Jesus y María ocupan el primer lugar en la esfera inconmensurable de las ideas divinas, y de los tipos eternos de todas las cosas. El hijo redimido de María por Cristo, sabe que Dios fué libre de llamar á quien le plugo, al orden eminentísimo de la union hipostática y la maternidad divina: sabe tambien que le era imposible comunicar á dos vástagos del género humano una gloria mas elevada que aquella con que en María y por María enriqueció la humana naturaleza. Era, pues, consiguiente que jamás supusiese la mancha original, en la que es la reina del mundo de los pensamientos divinos, como Jesucristo es su único rey. El corazon cristiano se escenriza para leer y encontrar su filiacion allá en la esfera de la creacion invisible: sabe que los ángeles debieron recibir la confirmacion de la gracia para su glorificacion eter-

na de la redencion que se les aplica con antelacion gloriosa por los méritos del Cristo venturo. ¿Y habia de persuadirse de que la redimida por excelencia María que teniendo un enlace tan sustancial con el Verbo, ha sido elevada hasta sobre el mas elevado de los ángeles, quedase prostergada en su Concepcion al que desechando por orgullo su redencion gloriosa cayó condenado al fuego sempiterno? No, no dirán con San Agustin, «tiemblo al sentirlo, me estremezco al pronunciarlo.» Por esta razon el sentimiento universal de la piedad cristiana ofrece el singular fenómeno de que haya entrado por él en el dogma el misterio de que es objeto. El dogma no ha sido aquí la raiz y el fundamento de tan espontánea creencia, sino su efecto y coronacion. No importa que la liturgia de este misterio consolador no se conociese hasta el siglo VI, al ménos en Oriente y el IX en Occidente. Ella arranca de una creencia anterior, pero creencia infusa, latente, piadosa y facultativa, como nacida de un gérmen encerrado en la tierra que viene á fecundizar el ardiente calor del sol: como una planta en que esta creencia se revela, fórmula y desprende; y que experimentada por la accion y agitacion del aire, ha echado sus hojas, y estendido sus ramas, y abierto sus flores, y presentado su fruto para dejarlo coger. No es, pues, el dogma quien ha hecho la creencia, es el sentimiento filial quien impulsó, al fin, al inmortal Pio IX á definir ese privilegio, cuyas armonías fueron siempre acordes al corazon cristiano, al sentimiento religioso, y á la ternura patética de la devocion que se le dedica.

El amor filial no ha podido desprenderse en el cristianismo del principal carácter que constituye este sentimiento aun en el órden de la gracia. Amar

es darse á otro sin reserva. Esta donacion espontánea entraña el sacrificio que es la abnegacion profunda y el desestimiento de todas las inmunidades en favor del amado. En el misterio de la Concepcion ese sacrificio se ha revestido con todos los caractéres de un verdadero milagro, porque ha superado hasta las leyes del órden natural de la fé. Que el que ha escuchado la voz de Dios por el dogma incline su cuello al yugo de esa virtud sobrenatural y preste su obsequio razonable, y reconozca el deber de defenderlo hasta con la renuncia de su propia vida, esto está en las condiciones naturales de una virtud que jamás le permitirá dividirse entre Dios y él mismo, sin una responsabilidad inmensa. Pero que lo que la fé no habia propuesto aun, que puede dejar de sentirse sin contravenir á ley alguna positiva, y hasta negarse sin dividir el lazo de la unidad católica, se pronuncie, se afirme con la protesta universal de dar hasta la última gota de sangre en su defensa, como se ha hecho por el misterio de la Concepcion, es haber visto á la fé obrar con una fuerza retroactiva en los corazones para llevar el sacrificio á su último milagro, la espontaneidad. Mucho tardaba, al parecer, la Iglesia en premiar con su fallo esta adhesion anticipada. Pero el haber sometido á los hijos del cristianismo al yugo de este dogma, hubiera sido preceptuarle un acto sublime que S. Pablo llama «la magnificencia de la fuerza de Dios.» Cuando brotase en el alma alguna duda voluntaria respecto á la preservacion de María, le hubiéramos pagado una deuda de justicia adhiriéndonos instantáneamente á la fé de la Iglesia; pero entregarnos á ella con toda la plenitud de nuestra alma sin ser compelidos por las santas amenazas de

esa esposa de Jesucristo, no es sucumbir á la justicia de decretos irreformables, sino ofrecer un don gratuito y voluntario á las grandezas de nuestra Madre, y añadir á todos sus privilegios una corona de luz, de pureza, y de gloria inmarcesible. Es sentir por amor, lo que en el orden de la gracia debe sentir un Hijo cristiano de la Madre de un Dios.

JOSÉ MARÍA GUERRA, PRO.

ALA PATRONA DE ESPAÑA

Salve, Empetriz augusta de los santos
zarz del imperial.
Salve, astro deslumbrante de las inóclies regias
de san
La cruz mas fuerte y poderosa que los imperios
Quién no le admira
¿Quién no exulta en tu nombre
distinguido?
Al blaznante cual la paloma peregriua de los
cielos, los mundos se estremecen de respeto.
Es tu hermosa escudadora
Y tus ojos son mas bellos que las rosas de los
Y las fulgurantes fulgores que irradian
van de gloria las esplendidas esteras de los
Los santos se estalan contemplando tu rostro

Á LA PATRONA DE ESPAÑA.

I.

Salve, Emperatriz augusta de los suntuosos alcázares del inmortal.

Salve, astro deslumbrante de las inefables regiones de Sion.

Tú eres mas fuerte y poderosa que los imperios.
¿Quién no te admira?....

¿Quién no pronuncia con ternura tu nombre benditísimo?....

Al blanderte cual la palma peregrina de los desiertos, los mundos se estremecen de regocijo.

Es tu hermosura fascinadora.

Y tus ojos son mas bellos que las rosas de Jericó.

Y los halagüenos fulgores que irradian, conmueven de alegría las espléndidas cámaras de los justos.

Los santos se estasián contemplando tu rostro embe-

lesador, en el que se adunan las purísimas tintas de la alborada.

Y en tu boca hechicera y perfectísima, se dibujan lindamente las castas sonrisas de la caridad, de esa hija predilecta del Escelso Ser, que vaga por el mundo en busca de los infortunios.

II.

Escondidas entre los severos muros de los templos católicos, desatan placenteras las campanas sus lenguas para recordar las escelencias de la gran Princesa.

Los santuarios desplegan sus atavíos.

Muchedumbres pacíficas penetran en los augustos recintos de la religion.

A ellos parten conducidos por esa luz vivificadora del alma: la fé.

A ellos van impulsados por el inmenso poderío de la Madre de los desvalidos.

¡Ah!.... ¡Van á postrarse de hinojos ante tus altares ornados de flores, de encajes y de luces!

Y allí, aspirando el incienso que hasta su sólio asciende entre las suavísimas ondas de las plegarias y de los suspiros, te ensalzan y te magnifican.

Y tú bañas las alas con el benéfico rocío de tus finezas.

III.

¡Cuán santa y sublime es la Religion!!....

Nacida entre los lirios de tu candor y los perfumes de tus virtudes, te profesan un amor tiernísimo.

Ella celebra tus glorias henchidas de ardoroso júbilo!

Ella convida á sus hijos á las magníficas funciones que te dedica.

Y los llama vestida de galas, y los inflama con cánticos armoniosos.

Por eso los templos se transforman en los días de tus solemnes festividades.

IV.

Grandiosa é inquebrantable es tu soberanía.

Los tronos de la tierra tiemblan, se desploman y se derrumban.

¡Todo, sí, lleva impreso de un modo estupendo el estigma indéléble del tiempo, y el tiempo asiste á la caída de las fortalezas del orgullo!

¡Ah!... ¡Las ruinas y los escombros interceptan á cada paso la marcha de la humanidad!

¡Los poderes terrenos se levantan y se desvanecen cual las bullidoras corrientes del manso riachuelo, ó la humilde yerbecita que desdeña el hombre!

¡Son ráfagas que pasan sin dejar tras de sí la menor señal!

Pero hay cosas eternas é imperecederas, blasones magníficos que tienen privilegio de brillar siempre, sin que jamás padezcan el mas leve desdoro.

¡Sí.

Solo vive y alcanza inmarcesible láuro el que tu aliento respira.

¿Qué amante de tus glorias no aprecia y tiene en gran estima las joyas primorosas de tus bondades?...

¡Oh!..... Eminente y grandioso es el puesto que ocupas, y á tí recurren los cuitados y los afligidos.

Porque tú, Virgen bella, eres la primera esclarecida de los célicos Tabernáculos, y jamás caerás de las incommensurables alturas de tu poderío, sostenida como estás por el que es el Señor de la eternidad.

¿Hay algún resplandor que pueda eclipsar los vívidos destellos de tu diadema?...

Nó.

El cetro que empuñan tus manos de marfil es más blando que el grato susurro de los torrentes.

El cielo te brinda con sus encajes primorosos, y sus bandas de zafir y oro, y salpica sus pabellones de púrpura con las amatistas desprendidas de tus fúlgidas vestiduras.

Las aves te consagran sus himnos mas tiernos, recordando sus acentos la esquisita dulzura de tu voz del arcángel.

V.

Los pueblos te aclaman con fervor ardiente.

Las naciones y las aldeas te festejan é imploran tu poderoso patrocinio.

Los soberanos descienden de su régio asiento y se inclinan reverentes ante tus altares.

España te idolatra.

Aun luce Iberia en sus escudos los ricos florones de la Fé Católica.

Aun están sujetos los nobles hispanos con la preciosa cadena del amor celeste, de ese amor sublime que los hizo briosos en sus gloriosas jornadas.

VI.

Pio IX gime.

Paciente y humilde se prepara al martirio.

Santo y respetable anciano, los males y desastres que perturban el mundo, aflijen y contristan su magnánimo corazón.

Consoladle Virgen benignísima.

Sus cabellos blancos como las azucenas de los valles se agitan en torno de su frente augusta, en que están simbolizadas la serenidad y la resignación.

¡¡Cuánta y de qué mérito es su fortaleza!!....

Impávido y tranquilo se mantiene en pié en la frágil barquilla que ha de atravesar sin hundirse, á despecho de sus formidables enemigos, la impetuosa corriente de los tiempos y de los sucesos.

Él siente en derredor suyo el incesante choque de los instrumentos, y sin embargo su perseverancia es grande.

Con las manos entrelazadas como los jazmines, dirige fervorosos ruegos al Supremo Legislador.

Su rostro es grave y apacible, y en él se descubren los resplandores divinos.

En tí espera y en tí confía.

Dogma de Fé, proclamó tu pura, tu Inmaculada Concepcion.

No le desampareis.

Libradle, Virgen pía, de los inmensos peligros que le circundan.

Es el Vicario de tu Hijo.

Es el gran maestro de la ciencia inmortal.

Es el padre amoroso de la humanidad.

Haced, pues, que triunfos prodigiosos reanimen su semblante venerable, y que el Pontificado, vencedor siempre, ostente muy pronto los nuevos trofeos de sus eternos adversarios.

VII.

No ignorais, Virgen Purísima, los males que trabajan á esta gran nacion.

La que supo tremolar en todos tiempos la radiante bandera de las creencias católicas, está siendo el blanco de los protervos.

Españoles obcecados trataron de empañar sus egregios timbres.

Y llenaron de luto á su ilustre madre, y ciñeron sus sienas con la corona de los sufrimientos.

Pero España no abdicó por eso sus blasones y sus laureles.

Su espíritu es el de Pelayo, de Isabel y de Fernando el Santo.

Las sombras de los héroes la rodean.

Cobijadla, Virgen pulcra, bajo tu manto protector.

Sed siempre su éjida y fortaleza.

Que los resplandores de sus glorias no se oscurezcan ni por las sombrías nubes de la perfidia, ni por las funestas nieblas de los errores contemporáneos.

La Fé y la Religion, prendas inestimables que constituyen su dignidad, su entereza y su hidalguia, son, bien lo sabeis, las que han llenado de pasmo á las naciones más poderosas del orbe.

ROMAN DOLDAN Y FERNA DEZ.



POESIAS.

A LA SANTISIMA

VIRGEN MARIA.

Ave gratia plena, Dominus tecum,
benedicta tu in mulieribus.

S. Lucas, cap. 1.º

Desde que hirió mi oído,
De mi alegre niñez en la alborada,
Tú nombre bendécido,
¡Oh Madre de Jesus inmaculada!
Cual símbolo precioso
De pureza, de gracia, de ventura
Te contempló mi corazón gozoso.
Y extasiado al mirarte
Del cielo encanto, del mortal escudo,
Cifrábase mi dicha en invocarte,
Mi bien en bendecirte, mi alegría
En darte honor con filial saludo,
Al despuntar y al fenecer el día.

Entónces, áun niño tierno,
Soñé ver tu pureza
En la blancura que imprimió el Eterno
Del fresco lirio en la gentil belleza:
Y en el aliento de las gayas flores
Gozé extasiado, en mi amoroso anhelo,
Del perfume que exhalan tus fulgores
El blando aroma que respira el cielo.

Por eso las primeras
Que insegura cogió mi débil mano
Llevé á tu altar, ¡oh Virgen! que moderas,
Con solo ver tu rostro, en el humano
El torcedor de las desdichas fieras:
Y cual primicias de mi amor, de hinojos
Allí dejélas, y en felice calma,
Al demandarte amparo, por mis ojos
Brotó el placer que embebecía el alma.

¡Mas qué mucho, Señora, que ferviente
Yo te adorára, si tu excelso nombre
Con gloria suena hasta el remoto Oriente,
Y sube al Cielo en la oracion del hombre!
Si el florido arroyuelo que desata,
En plácido murmullo,
Su clara linfa de brillante plata,
Si la paloma en su amoroso arrullo,
Si en su gemido el áura,
Si el trueno que en raudales se revuelve
Y al campo seco su verdor restaura
Y de sus galas el matiz le vuelve;
Cuanto natura espléndido atesora,

A Tí, cuya mejilla,
En que la mágia inextinguible mora,
Encanto presta al resplandor que brilla,
Tras noche horrenda, en apacible aurora;
A Tí, que en la alta cumbre,
Vestida de fulgores inmortales,
Del sol eclipsas la radiante lumbre:
A Tí, de gracia llena,
A Tí, la Pura, y la Escogida y Santa,
El orbe, que en tu gloria se enagena,
A Tí se humilla y tu hermosura canta.

Y cómo no aclamarte el que te mira
Siempre enjugar del infeliz el lloro,
Que en Tí se goza, que tu amor respira,
Si encanta su existencia,
De la virtud el celestial tesoro,
Cuando se espacia en tu sublime esencia!

¡Cuántas veces ¡oh Reina!, cuántas veces
El criminal precito,
Que en sus maldades apuró las heces
De la copa infamante del delito;
Al ver tu faz angélica, pasmado
Sintió sus plantas ante tí elayarse
Con fuerza irresistible, quebrantado
Su duro corazon, avergonzarse
De su pasada iniquidad, y ansioso,
Por la ternura de tu amor guiado,
Buscar en Tí y en la virtud reposo!

¡Cuántas veces tambien al descreido

Eseudo fuiste, cuando infiel, blasfemo,
Burlóse ciego, en la impiedad caído,
Del Hacedor supremo!
Que agotado el raudal de su clemencia,
Y el rayo ardiente presto
A abrasar como arista su existencia,
Tú, cual madre amorosa,
El dulce brazo hácia el castigo opuesto,
Y en Dios fijando la mirada hermosa,
Gracia por él en tu oracion pediste;
Y, libre al punto de su horrenda suerte,
En él la gracia descender hiciste,
Y le salvaste de la eterna muerte.
¡Nunca, nunca el humano
Dejó de hallar tu corazón benigno,
Ni los favores en tu augusta mano!

Aun mirar me parece
Al infeliz que, en afanoso empeño,
Buscó en la dicha que la tierra ofrece
De los deleites el mentido sueño:
Y en vez de amores, y amistad, y gloria,
Deshecha su ilusion, y triste, y solo,
Halló á su lado en su terrible historia,
Ingrato olvido, indiferencia y dolo.
Insensible á la dicha, al gozo muerto
Que las virtudes en el bueno imprímen,
Su pecho nunca á la esperanza abierto,
Sus ojos siempre contemplando el crimen;
En fiera lucha su razon perdida,
Dudar del cielo recogió por fruto,
Y aborrecer la vida,

Y oprobio infame, y horfandad y luto.

Mas súbito en su mente

Sintió brillar de tu hermosura el rayo,

Y verse libre de su angustia sientel

Que como el sol en el risueño Mayo

Disipa del vergel la niebla fria,

Y le matiza de fragantes flores,

Astro fuiste, Señora, de alegría

En el revuelto mar de sus dolores.

Y postrado ante tí, con faz contrita,

Brotando en tierno lloro

La ardiente fé que su interior ágita,

En Tí encontró la palma

Del bien que el gozo sin cesar renueva,

En Tí sus sueños y la paz del alma,

En Tí el camino que al Empíreo lleva.

¡Ah, que de todos madre, eres la bella

Entre vírgenes bellas más hermosa!

Sostén del triste anciano,

Del sábio guia, del feliz estrella:

La que es espejo, en su inmortal cariño,

De púdica doncella,

Y encanto y vida de inocente niño.

La que el ángel adora, la que aduna,

Cercada de querubes celestiales,

De su belleza al perfumado aliento

Amor tan generoso á los mortales,

Que explicarlo no pudo lengua alguna,

Ni hallarle jamás fin el pensamiento.

¡Bendita sea tu bondad, bendito
Tu seno de amor puro,
En que gozáse amante el Infinito,
Y fué del hombre contra el Orco muro!
¡Benditas tus virtudes! ¡Ah! perdona
Si junto al himno que tu nombre ensalza,
Y en cielo y tierra tu loor pregona
Mi pobre lira sus acentos alza.

¡Perdona, ¡oh Virgen mia!
Que en canto indigno de tu gloria exhale
El vivo gozo que tu amor me envía.
Mas pues que humilde á tus altares llego,
Y que del fondo de mi pecho sale,
Si nó como tributo de alabanza,
Óyelo grata como ardiente ruego.

JOSÉ FERNANDEZ ESPINO.

**À LA INMACULADA CONCEPCION
DE MARIA SANTISIMA.**

ODA.

Jose Ferrnandez Espino

¡Paráclito de Dios! Númen divino,
Que corres cual espléndido torrente,
En raudos torbellinos,
Del Padre Eterno al Hijo Omnipotente!
Que eres el beso en ámbar bañado,
El celestial suspiro perfumado
Con que Dios de placer su seno inunda,
Y el regalado soplo
Que hasta la misma nada hace fecunda!
Dáme tu inspiracion, la inmensa llama
En que el profeta ardía;
El óleo de tu amor y tu armonía
Sobre mi humilde espíritu derrama,
Santifica este fuego que me inflama

Y cantaré las glorias de **MARIA!**

Quiero cantar la sin igual pureza
De la mujer á quien rendido adora
El ángel inclinando su cabeza,
Que en ella vé su Reina y su Señora,
A quien el Verbo eterno dice *Madre*,
A quien *hija bendita* llama el Padre,
A quien el Santo Espíritu enamora.

Quiso el Señor, desde su inmenso Trono
Verter la vida en fulgidos raudales,
Y de la nada oscura
Sacar cual rica perla la criatura
Para llenarla luego de alegría,
De glorias y riquezas celestiales.
De sus vívidos ojos brotó el día:
Su soberano acento
Bordó en hilos de luz el firmamento
Colmado de bellezas y armonía:
Dió delicadas formas y colores
A la grosera tierra deleznable,
Y puso, con pincel inimitable,
Várido matiz en las pintadas flores:
Hizo rodar al sol por la ancha esfera,
De luz envuelto en fulgorosos mares,
Y salpicó su espléndida carrera
Con grupos mil de bellos luminares.

De la azucena con la nieve pura
Y el dulce fuego de encendidas rosas
Formó la bellas plantas deliciosas
De la gentil fragante primavera!

Orló de aljofarada filigrana
Su frente soberana,
Dióla de sáuces verde cabellera,
Y alas leves de brisas armoniosas.
Al águila prestó rápido vuelo
Y al ruiseñor dulzura peregrina,
Que con los ecos de su voz divina
Trasporta el alma á la region del cielo.

En líquidos cristales
La bravura encerró del Océano,
Poniendo solo á su poder por freno
De blanda arena el invisible grano
Que aquel lanzara de su hirviente seno.
Hagamos, dijo *al hombre*, y de su mano
Salió la llama pura,
La noble y vigorosa inteligencia,
Imágen del Señor, en quien fulgura
Un destello inmortal de su alta ciencia,
Que irradia en vaso de perfecta hechura.

Brotó después hermosa,
Bañado en luz el virginal semblante,
De un mínimo fragmento
Del hombre, pura, cándida, radiante
Cual la temprana rosa
Que rompe el verde tallo en un momento,
La primera muger, rico tesoro
De ternura, de amor, de sentimiento;
Y el ángel desplegando
Sobre el celeste azul sus alas de oro,
Relámpagos lanzando

De seductora lumbre,
Subió entre aromas á la excelsa cumbre.

Y vió el Señor entonces
De sus obras la mágica belleza,
La magestad del cielo soberano,
De las flores la gala y gentileza,
La suavidad del viento y armonía,
El poder que ostentaba y la grandeza
Cual rey del universo el hombre ufano,
Recien salido de su augusta mano,
Y dijo: «Todo es bueno,
»El mundo está de perfecciones lleno;»
Aunque en su mente poderosa vía
Que entre las flores del pensil humano
Otra flor mas brillante brotaría.

Mas su mirada ardiente
Penetró del futuro el denso velo,
Y desde el Trono altísimo del cielo
El porvenir remoto vió presente.
En el espejo de su ciencia puro
Vió de Adan y del Angel la caída,
Y el sol miró manchado, el cielo oscuro,
Y á la culpable humanidad perdida.
Pero al diluvio del pecado horrendo,
A esa lluvia de fuego asoladora
Quiso oponer un arca salvadora
Que las olas flamígeras hendiendo
De esa lava infernal, en donde brillaba
De rebelion la fúnebre bandera,
Del mar inmenso á la lejana orilla,

Que con divina lumbre reverbera
Al hombre dulcemente condujera

«Habrá un cielo sin nubes, dijo entonces,
Un sol sin manchas que perenne brille
Un ángel de la tierra, á cuyas plantas
El ángel de los cielos se arrodille
Lleno de amor y de delicias santas.
Una muger habrá cuya pureza
Verá el cielo de amor arrebatado:
Ella ha de herir la bárbara cabeza
Bañada en llamas del dragon matvado;
El fatídico mónstruo del pecado
Aunque domine desde polo á polo,
No infamará su ser immaculado,
Y ni un cabello solo
Podrá tocar de la que viene pura
A devolver al globo su hermosura.
De nuestro excelso Trono
Bajando hasta su seno
Tomará carne el Verbo, y luego el mundo
Con el diluvio de su sangre lleno
En virtudes y amor será fecundo,
Libre del peso del pecado inmundo.»

Y el arcángel cayó que la soberbia
Puso el signo del mal sobre su frente,
Y el que ayer puro junto á Dios volaba
Y sus glorias cantaba,
Torpe se arrastra y silba cual serpiente:
Mas su acento doloso y fementido
De la incauta muger en el pido

Cual música dulcísima resuena,
Y con sus manos de alabastro toma
La hermosa infiel la malhadada poma,
Y al hombre se la ofrece y lo envenena.

¡Quién como yo!... repite el insensato
De los rebeldes ángeles el grito,
Y el cielo entonces clama: «Estás maldito.»
El orbe entero en colosal tumulto
Contra su rey airado se levanta,
Y le castiga con tremendo insulto.
El hombre siente vacilar su planta,
Que la tierra en profundas convulsiones
Deja el fuego escapar de cien volcanes:
Desatánse los fieros aquilones,
Y el rayo luce por la vez primera
Rasgando el negro manto de la esfera.

Los tigres y chacales
Sienten hervir en su indomable seno
De su inflamada cólera el veneno,
En secos arenales
Se convierten los prados seductores,
Y hasta las frescas rosas purpurinas,
Dulces prendas de paz, dicha y amores,
Responden de la guerra á los clamores
Entre armadura bélica de espinas.

Mas una blanca estrella
De sin igual pureza y hermosura
Su clara luz destella
Entre las sombras de la noche oscura.

Una mágica brisa
Viene á anunciar la paz y la bonanza,
Una amorosa celestial sonrisa
De Dios, en lontananza,
Al hombre muestra el iris de esperanza.

Tras de la fiera lucha
Y el fragor del inmenso cataclísma
Solo del hombre el sollozar se escucha,
Solo reina en la tierra el hondo abismo.
La triste raza humana
Queda hundida en un mar de llanto eterno;
Ella que fué del mundo soberana
Esclava es de Satan y del infierno;
Y arrastra una cadena
Que el corazon la oprime,
Y en negra cárcel de fantasmas llena
Su débil ser aprisionado gime.

Pasó el tiempo: los siglos presurosos
Ufanos desplegaron
Sus gigantescas álas, y sobre ellas
Templos, tronos y alcázares alzaron,
Y al imprimir sus huellas
Mil potentes imperios arrasaron.

La horrenda idolatría
Del corazon del hombre se apodera,
Y ansioso clava allí su garra fiera,
Los más impuros repugnantes vicios
En *dioses* se convierten,
Y al hombre exigen culto y sacrificios,

Y sangre humana vierten,
Con infernal encono
Sobre mentido altar y falso trono.

Mas cuando el mundo ya se desquiciaba,
De mil delitos é impurezas lleno,
Y de Satán la copa rebosaba,
Henchida hasta los bordes de veneno;
Cuando impotente la razon callaba,
Y el hombre, en su culpable desvarío
Rompiendo del amor los dulces lazos,
Iba del génio del orgullo impío
A reclamar los pérfidos abrazos;
En las regiones de la eterna sombra,
De vivas llamas sobre ardiente alfombra,
Dios apiadado de su infiel criatura
Interpuso su brazo omnipotente,
Y en la dulce efusion de su ternura
Velóz detuvo el rápido torrente.

Y á dos tiernos esposos
Que el otoño atraviesan de la vida,
Sin dejar tras de sí la seductora
Huella de amor querida,
Un ángel de los cielos se presenta
En el silencio de la noche pura;
Y al ver que uno suspira y otro llora,
Dice con voz bañada en dulce encanto:
«Oh amigos del Señor, vuestra amargura
Cese, y tórnese en gozo vuestro llanto:
Dios os concede la mayor ventura
Que al hombre pudo dar sobre la tierra:
Ana dichosa, tu afliccion destierra;

*Que la madre del Verbo inmaculada
En tu seno santísimo se encierra.»*

Y entró en el mundo el alma de MARÍA,
Y el mundo entonces renació mas bello,
Y Satán temeroso no acudía
A estampar del pecado el torpe sello
Sobre aquella mujer predestinada,
Que aun antes de nacer logró victoria
Tan noble y señalada,
Que atravesó la entrada
De la vida fugaz y transitoria
Con corona inmortal de luz y gloria.

Entró en la tierra como el áureo rayo
Del sol hermoso que preside en Mayo,
En el lodo derrama sus fulgores,
Que luego inmaculado torna al cielo,
Y convertido deja
El cenagal impuro en bellas flores,
De aroma envueltas en flotante velo.

El Hacedor del mundo dijo: «Sea,»
Y brotó de su mente poderosa
De luz radiante la fecunda idea
De un alma noble, justa y candorosa,
Y á la region humana bajó luego
Este divino fuego
A envolverse en las tintas de la rosa,
Y en un cendal de nieve esplendorosa.

Hizola Dios en su saber profundo
Cual otro nuevo sol y nuevo mundo,

Isla de nácar y oro, que flotante
Cruza la mar airada donde ruge
La negra tempestad amenazante,
Arbol de amor fecundo
Que arraigado está en Dios, su tronco tiene
En la esfera del cielo rutilante,
Y á dar sus frutos á la tierra viene.

Los ángeles pulsando
Las sonoras arpas estremecen
Del Empíreo las bóvedas doradas,
Y las áuras de luz donde se mecen
Festivos revolando
Entre el candor de eternas alboradas,
Férvidos himnos sin cesar cantando
Al nombre de MARÍA,
Sagrado manantial de su poesía.

Los patriarcas santos,
Que esperaban solícitos la hora
De levantar á Dios limpias sus alas
Y de su amante espíritu las galas,
Gozosos vieron despuntar la aurora
De su inmortal ventura,
Vieron la blanca nave
Que cruza entre sus olas de amargura
El mar del mundo lóbrego y desierto
Llevando al hombre al anhelado puerto,
Vieron del cielo la dorada llave,
Vieron con ella el paraiso abierto.

La tierra se engalana
Con el fulgor de aquella

Plácida aurora de feliz mañana,
Inalterable luna y blanca estrella.
Nace la flor temprana
Mas rica en hermosura y lozania,
Festivas cantan las canoras aves
Con mas dulce armonía,
Y el arroyuelo envía
Murmurios mas suaves
A Dios cuando entre riscos se despeña,
Y es porque el cielo á modular le enseña
El nombre inmaculado de MARIA.

Ya el alcázar del vicio se desploma,
Su cárcel rompe el universo entero
Con el blando arrullar de una paloma
Y al balar de un mansísimo cordero.
El Soberano Sol de la justicia
Desciende hasta la tierra,
Y al espantoso estruendo de la guerra
Himnos de paz suceden, que los hombres
Entonan llenos de inmortal delicia,
Al ver absortos que el Olimpo estalla,
Que sus dioses fingidos se evaporan,
Y que despues de colosal batalla
Dios solo es Dios.... y férvidos le adoran!

¡Salve, muger de celestial grandeza,
Espejo de virtud y de pureza;
Lirio del valle, inmaculada rosa
En el Eden nacida,
Inmarcesible y bella y nunca herida
Por vil insecto ó sierpe ponzoñosa;
Alta torre, divina fortaleza

Donde el génio del mal jamás ha entrado,
 Que hasta el Empireo subes
 Por cima de la nubes,
 De las nieblas y sombras del pecado!

¡Salve, ciudad de Dios, mística escala
 Que vió Jacob del eter suspendida;
 Gigante cedro que incorrupto exhala
 Aroma virginal de eterna vida;
 Armadura del cielo invulnerable;
 Potente egida de diamantes hecha,
 Dó por primera vez la formidable
 Espada de Satán saltó desechal

Tu inmaculado nombre
 Es de la gracia y perfeccion el signo:
 Sin él jamás el hombre
 De la mansion del cielo fuera digno.
 Sin esta bella cifra encantadora
 El palacio de Dios no abre su puerta:
 Sin esta dulce música sonora
 Del sueño sepulcral nadie despierta.
 Tiéndenos una mano protectora
 Que en las ásperas sendas de la vida
 Nos libre amante de mortal caída,
 Alta Reina, santísima señora:
 Cúbrenos con la egida
 De tu amor y pureza soberana:
 Haz que rompamos de la tumba el sueño
 En el jardin risueño
 Donde perenne brilla la mañana

—
 Gloria á la noble España, pátria mia,

De quien eres santísima Patrona;
Por eso fué temible á los infieles,
Por eso en su magnífica corona
Brillan con luz divina los laureles
Que en la tierra y los mares recogia,
Por eso en la nacion de la pureza,
De la lealtad, la gloria, la grandeza,
De la fé, del valor y la hidalgía!

Gloria al Vicario de Jesus ungido
Y á la Iglesia de Dios, que de luz llena,
Del Santo Inspirador bajo las alas,
Grabó sobre tu escudo la azucena
Que á tu origen prestó nítidas galas,

Gloria al presente siglo,
Ese coloso, que por gran portento
Mares sujeta, tempestades doma,
Unce á su carro el huracan violento,
Montes taladra y á su voz desploma,
Hilos de fuego inteligentes toma
Del desgarrado manto de las nubes
Por dar alas de luz al pensamiento.
Gloria al siglo inmortal en que la ciencia
Enalteciendo al hombre,
Le señala el fulgor de su existencia
Y la grandeza de tu excelso nombre.

MANUEL FERNANDEZ RUANO,

OTIUSA ONZIM JA
A LA INMACULADA CONCEPCION
DE LA SANTISIMA VIRGEN.

SONETO.

Doble su luz el claro firmamento,
Su espuma rizen los estensos mares;
Brote la tierra flores á millares,
Rico en aromas se dilate el viento;

Las naciones convóquense al acento
De concordia y amor, y á los altares
Lleven con blancas rosas y azahares
De férvida piedad el sacro aliento;

Que del Pastor universal sonando
Do quier la voz, por el cristiano ansiada,
De la Virgen más pura ensalza el nombre;

Y hoy, á despecho del precito bando,
Apláude el orbe todo *Inmaculada*
A la que diera un Redentor al hombre.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

AL MISMO ASUNTO,

A LA INMACULADA CONCEPCION

DE LA SANTISIMA VIRGEN

SONETO,

SONETO

Si hoy se repite por do quier, Señora,
El himno que te apláude *Inmaculada,*
Y ecos mil, la natura prosternada,
Llévanlo del ocaso hasta la aurora:

Si de gozo y amor la piedad llora
Del Santo por esencia en la morada,
Al verte por los orbes aclamada
Blanca Estrella, de dichas precursora:

Es que al par de las célicas regiones
Ánuos votos consagra el bajo suelo
De tu exención de culpa al dulce instante;

Y te pide con tiernas emociones,
Que la cristiana Fé, sumo consuelo,
De polo á polo su pendon levante.

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA

FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA

VARIEDADES.

Curacion repentina, verificada el lunes 8 de
octubre de 1866, al nombre de la Inmaculada
Concepcion y de Pio IX.

«Háblamos oido hablar, queridos consocios, de varios hechos extraordinarios acontecidos en estos últimos tiempos bajo los auspicios del nombre venerado de Pio IX, para gloria de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen. Recientemente hemos leído en el *Propagador de la devocion á San José* el relato de una admirable curacion, acaecida en la ciudad de Digne el 18 de julio último, y que se verificaba á la misma hora en que el Padre Santo enviaba su bendicion á la pobre enferma, la hermana Alix, religiosa agustina.

La lectura de este relato nos habia conmovido vivamente. No pensábamos que nuestros *Anales* iban tambien á registrar un hecho no ménos admirable, tal vez mas pasmoso, en que por lo menos la intervencion del nombre y de la virtud de nuestro Santo Pontífice Pio IX, se manifiesta de una manera mas evidente todavia....—¡Que Dios sea loado queridos consocios. En el momento en que la prueba de nuestro amado Pontífice se hace mas terrible, parece que Dios quiere que la

aureola con que el universo católico rodea ya la augusta frente de Pio IX se haga mas brillante. ¿Cuáles son sus designios? ¿Cuáles sus impenetrables deseos? ¿Quién puede decirlo!

Pero seguramente, ¿no es un hecho visible para todos que en este momento el cielo parece que quiere que se fijen todas las miradas y todos los pensamientos en Pio IX y en la Virgen Inmaculada, iluminando sus nombres con una gloria mas resplandeciente cada dia?

Hé aquí el conmovedor relato que hemor recibido en el momento de las primeras vísperas de nuestra gran fiesta de Nuestra Señora de las Victorias: ha sido redactado por un sacerdote amigo nuestro, socio entusiasta de la archicofradía, y cuya virtud y saber son bien conocidos; él mismo nos lo ha remitido. Si no lo ha firmado es por modestia, porque desempeña algun papel en esta relacion. Por lo demás, nosotros tomamos toda la responsabilidad de su certeza, y estamos dispuestos á firmarla, porque sabemos que es la expresion de la pura y simple verdad.—V. Dumax, presbítero, subdirector de la archicofradía.»

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO
glorificando á Pio IX.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
Amen.

Creo que para gloria de Dios, de María Inmaculada en su Concepcion, y de su servidor Pio IX, Vicario de Jesucristo y nuestro Santísimo Padre, debo poner escrito un hecho que acaba de suceder á mi presencia en Paris, calle de Villedo, núm. 11, y ante varias personas mas.

El viernes 5 de octubre, hácia las seis de la tarde, vine con mucha prisa á Nuestra Señora de las Victorias á llamar un sacerdote para una persona gravemente enferma.—Marchó en seguida.—Algunos instantes después se hallaba al lado de una persona inanimada; con los párpados completamente pegados y sin poder articular una sola palabra.

Julieta Diaz (es el nombre de la enferma), doncella de Mme. P., había sido atacada violentamente y arrojada en tierra, á eso de las cinco, por un mal repentino que se creyó un ataque de cólera. Habiéndola encontrado su hermana de este modo, la llevó á la cama, donde Julieta estuvo una hora sin volver en sí.

No sabiendo si tenía delante un cadáver, ó al ménos si la enferma estaba en posesion de sí misma: «¿Me oye V.? ¿Me reconoce V.?» le gritó el sacerdote. Ella hizo algunos movimientos para responder. Él se apresuró á confesarla por señas y á darle la absolucion. La confesion, en verdad, no podia ser cosa difícil. Julieta D... habia comulgado aquella misma mañana; habia comulgado el dia anterior, y el otro. Julieta comulgaba todos los dias. Gracias á Dios, la práctica diaria de los cristianos de la primitiva Iglesia comienza á renacer en muchos fieles. Ellos serán fieles verdaderamente cuando llegue la hora de la gran prueba.

Al ocurecer, uno de los señores vicarios de la parroquia de San Roque llevaba los Santos óleos, y conferia el Sacramento de la Santa Uncion á la enferma.

Poco antes, Julieta D... habia recobrado el habla, pero en voz baja, estremadamente baja. Era como una respiracion, como un ligero soplo. Para no perderle, era necesario tener la oreja completamente pegada á sus lábios. Los concurrentes no podian percibir el mas leve sonido. En cuanto á sus ojos, continuaban herméticamente cerrados, y no habian de volverse á abrir en cuatro dias.

Los dolores estráordinarios que sufría la enferma no podian ser mitigados por los mas enérgicos remedios. Sin haber perdido toda esperanza, el médico no disimulaba su inquietud. — «Ofrezca V., decia el confesor á Julieta, todos sus padecimientos por el Papa, por la Iglesia, por la salvacion de las almas.»—Si, suspiraba ella con el leve soplo imperceptible que conmovia sus lábios, por el Papa, por la Iglesia, por la salvacion de las almas.

Este pensamiento no la dejó ya.

Pero un gran deseo le quedaba: «Yo quisiera recibir al buen Dios.»—Se tenian en cuenta los vomitos y se temia que no tuviera fuerzas para tragar la santa Hostia. Ensayóse con la mitad de una oblea; no habiendo salido mal del todo, púsose toda la confianza en Dios, y se avisó á los señores sacerdotes de la parroquia de San Roque encomendándose á su prudencia. El sábado por la mañana entraba uno de ellos á las nueve y media llevando el Santo de los Santos. Como la enferma se abogaba, dividió el sacerdote, por precaucion, la hostia en cuatro partes, y depositó una de las santas partículas sobre su len-

gua, que fué al mismo tiempo humedecida con una gota de tisana.

Julietta recibió amorosamente á su querido Salvador, y desde este momento, con la sensacion natural de inesplicables dolores en su cuerpo, no tuvo, por decirlo así, en su alma mas que estos sentimientos sobrenaturales: «Querer únicamente la voluntad de Dios y sufrir por el Papa, por la Iglesia, por las almas.» Nuestro Señor, decia, le habia hecho despues de la comunion la misma recomendacion que su confesor.

Esperimentaba una verdadera dicha al repetir: «Por el Papa, por la Iglesia, por las almas.»

Se ha escrito en alguna parte: «Yo no creia que se podia sufrir tanto y ser tan dichoso.» Las personas que visitaron á Julieta D....., y cuyo número fué creciendo poco á poco, presenciaron por espacio de cuatro dias el espectáculo de este pasmoso contraste.

Citemos algunas palabras salidas de largo en largo tiempo de aquellos lábios moribundos; serán un testimonio inequívoco de la íntima beatitud residiente en lo mas elevado del alma y dominando desde allí todas las flaquezas ó reclamaciones de la naturaleza:

«No vivir, ni morir. ¡La voluntad de Dios!

¡Sufrir por el Papa, por la Iglesia, por las almas!

Llorar por los pecados, llorar por los pecadores y por la Iglesia. Rogar por los ministros de Jesus.

Rogar sobre todo por el Padre Santo mucho, mucho.

¡Dios mio, qué bueno sois! ¡Yo soy tan miserable!

Estar en la cruz con Jesus, ¡qué bueno es! Vale mas querer la voluntad de Dios que el Paraiso.

¡Todo lo que Dios quiera! ¡Como Dios quiera!»

Los padecimientos de la enferma no eran menos vivos que las alegrías de su alma. Ella misma confesaba que la deboraba un fuego abrasador. En la noche del viernes al sábado, durante tres horas, tuvo un estertor penosísimo. A veces juntaba las manos para pedir perdon á Dios por los movimientos que le arrancaban sus dolores. El corazon, sobre todo se le desgarraba. Le parecia que nadaba en sangre, que le subia hasta la garganta y le ahogaba. «Lo sentia, dice ella, en un lado como torturado con un cuchillo, y en otro con un punzon de hierro.» Estaba tan mal el sábado por la noche, que ya se habia preparado todo para amortajarla.

Yo la ví el domingo 7 de octubre á las ocho de la noche en compañía de su confesor. Daba envidia por su resignacion y lástima por sus padecimientos. Al separarnos de la cabecera en que yacia aquel rostro pálido sin vista y sin voz decíamos: «Se muere.» Y añadíamos, ya se sabe en qué sentido: «¡Lástima sería que no murieses!»

María Oger se apresuró á coser al escapulario de Julieta el pedacito de tela de lana blanca que habia formado parte de la sotana del Padre Santo. El sacerdote se aproximó, y frotando con este pedazo los párpados cerrados de la enferma, le dijo: «Vamos, tened fé, fé vivísima; abrid los ojos.» Y repitió con fuerza y autoridad: «Abrid los ojos.» Pareció entónces á Julieta que tenia sobre sus párpados dos pesadas planchas que hacia supremos é inútiles esfuerzos para levantarlas, y que una mano estraña, pasando sobre su frente la libraba de aquel peso. Abrió entónces los ojos lenta y solemnem ente, como dice uno de los testigos presenciales. La enferma veía, y su primera mirada fué dirigida á una imagen de talla de la Santísima Virgen, que tenia colocada sobre su cama.

—¿Reconoceis á vuestras amigas? le preguntó el sacerdote. Estos dias atrás las veáis con los ojos del alma; hoy las veis con los del cuerpo.

Y la enferma estendió la mano á las seis personas que la rodeaban.

El confesor acercó en seguida á los lábios de la Julieta el precioso paño.

—Vamos, decid conmigo: «Señor, glorificad á vuestra Iglesia, glorificad á vuestro santo Pontífice.»

Besó Julieta con amor el venerable paño, y en el mismo momento dijo en voz alta: «El Soberano Pontífice me ha sanado.»

Y se incorporó:

Se llamó á la señora Prevost: «Venid á ver á Julieta; ya está curada.» También se llamó á María D... «Vuestra hermana está ya buena.»

Y una y otra le tendieron los brazos y se abrazaron con ternura en medio de la conmocion general.

Pero la enferma continuaba padeciendo del corazon.

—Hija mia, añadió el confesor, nuestro Señor no hace jamás las cosas á medias, y quiere curaros radicalmente. Decidle: Dios mio, vos no podeis dejar nada incompleto; curadme de todo.

Después de recomendarla que pusiese sobre el corazón el pedazo de la sotana, el sacerdote se separó un poco: Inmediatamente puso la enferma sobre el pecho la blanca tela que acababa de devolverle la vista y el habla.

Sintió entonces dentro de sí un dolor extraño, como si le hubiesen dado en el corazón una puñalada. Parecíale que esta extraña había dado un salto y que volvía á quedarse en su lugar.

Estaba curada.

Presentóle entonces uno de los circunstantes una fotografía del Padre Santo, y Julieta la besó repetidas veces con efusión.

—Hallábame ya entre el cielo y la tierra, decía ella sonriendo, y el Padre Santo me ha vuelto á traer aquí.

Diósele caldo, y tomando la taza en las manos, lo bebió de un trago.

Las personas á cuya vista acababa de verificarse esta repentina transformación estaban llenas de admiración y de reconocimiento. Ellas y Julieta rezaban el sublime cántico de la Santísima Virgen, el *Magnificat*, éxtasis de la humildad agradecida.

Maria Oger se encargó de escribir al señor abate Carlos, que no había podido dar el Viático á la enferma.

Quedó esta en el más profundo recogimiento, en el que volvióse á sumergir pasadas las primeras emociones. Habiendo entrado á verla una de sus amigas, la encontró anonadada delante de Dios, confundida y las manos juntas. «¡Qué bueno es Dios, exclamaba alzando las manos hácia su altarcito! ¡Qué bueno es Dios! ¡Estoy como abrumada por el peso de sus misericordias! ¡Una miserable criatura como yo! ¡Dios y solo Dios lo ha hecho todo!» Y juntando las manos añadía: «¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío, ahora necesito corresponder dignamente á vuestra gracia!»

El confesor volvió á encontrarla tres ó cuatro horas después alegre, expansiva, risueña, con la vista animada, hablando en voz alta y sin el menor padecimiento.

Vino á verla el médico que la había dejado moribunda, y no pudo ménos de esclamar: ¡Esto es maravilloso, increíble! Julieta no creyó que debía revelarle por el momento el secreto de su curación, y le dejó en la creencia de que la naturaleza y el arte habían hecho aquel prodigio.

Como en la víspera había yo sido testigo del peligro inminente en que la enferma estaba, quisieron que presenciase también su curación instantánea y me mandaron llamar.

¿Lo diré? Al ver á Julieta D... sentí que un sentimiento de terror religioso se mezclaba con mi alegría. Figurémonos un cadáver que vea, hable, mueva los brazos y se incorpore, y tendremos completamente las sombras de la tumba, animadas con los movimientos de la vida. Así estaba Julieta sentada en la cama, las facciones prolongadas, el rostro pálido como la muerte, hasta el punto que representaba la verdadera viuda resucitada por San Pedro en el instante en que arroja su mortaja. Observábase aun en su fisonomía cierta admiración, semejante á la que se experimenta al pasar de repente de un lugar oscuro á otro bañado por los rayos del sol. Besaba continuamente el retrato del Soberano Pontífice, dando muestras de verdadera alegría infantil. Tenía alrededor unas quince personas, de pié al fondo de la alcoba, apoyadas en su catre, sentadas á los lados en los piés, en tierra y esparcidas formando círculo. Todas las miradas estaban fijas en ella, y ella á su vez miraba á todos con cariño.

—¿Estais curada, hija mia?

—Sí.

—Dios os ha dispensado una gracia especiabilísima. Precioso es conservarla con reconocimiento y humildad. Padeceis todavía?

—No.

—¿No sufrís nada?

—Nada; pero estoy un poco débil, y luego... luego tengo hambre.

Al oír á Julieta estas palabras, los que allí estaban soltaron la carcajada: la enferma también se rió.

Después de mis preguntas, que proporcionaron á Julieta ocasion de manifestar la necesidad que sentía de comer, diéronse prisa á buscarle algun alimento.

Para dar fin á este dia memorable, todas las personas que acompañaban á la enferma hincáronse de rodillas, y á petición de Julieta rezaron el *Te-Deum*. También rezaron segunda vez el *Magnificat*, un Padre Nuestro y un Ave Maria por el Padre Santo y las deprecaciones siguientes: «San Miguel, ruega por nosotros; S: José, ruega por nosotros.»

Julieta habria querido levantarse inmediatamente, mas por deferencia á la señora P..., á la cual costaba trabajo creerla completamente curada, permaneció acostada y durmió en un

sueño desde la media noche á las seis de la mañana.

Al dia siguiente, martes, manifestó Julieta el mismo deseo. Su corazon la arrastraba á los piés de Nuestra Señora de las Victorias. Por obediencia solo dejó de satisfacer sus deseos. La señora P.... decia que era preciso no tentar á Dios.

Pero el próximo juéves, 11 de Octubre, se levantó muy de mañana secretamente, y fué á oír misa y á comulgar á Nuestra Señora de las Victorias. Allí permaneció arrodillada durante la misa y la accion de gracias, sin que por eso se sintiese fatigada; despues se dió prisa para volver á casa y acostarse, á fin de que su ama al despertar la eneontrarse en la cama.

Por último, el viernes 12 de Octubre concluyó para Julieta esta penitencia, y desde entónces hizo largas visitas á Nuestra Señora de las Victorias.

A los pocos dias pudo sobrellevar, sin que su salud se resintiese lo mas mínimo, el trabajo consiguiente á una mudanza de casa, y hoy está mejor que antes de caer enferma.

¡Coincidencia singular, en la cual es difícil dejar de ver la accion de la Providencial! Pocos dias despues de su curacion, recordaba Julieta á una persona, para la cual no tenia secreto alguno, que movida por inspiracion divina, habia ofrecido su vida á Jesucristo por la Iglesia y por el Papa en la octava de la festividad de San Pedro.

¿No es admirable que el Señor, despues de haber aceptado la ofrenda generosa de la niña entusiasta de la Santa Sede y haberle hecho de cierto modo gustar la muerte, le haya dado la vida en consideracion al Pontífice por quien quiso morir?

¡Gloria á Dios! ¡Gloria á Maria Inmaculada! ¡Amor al Vicario de Jesucristo! ¡Adhesion á la Iglesia y á la salvacion de las almas!

París 28 de Octubre de 1866.—N., *presbítero.*

Todos indudablemente amamos el bien en general, y todos le deseamos y buscamos como término único de nuestras esperanzas, y objeto de nuestra felicidad. Es indudable tambien que si Dios, este bien supremo, se nos apareciese, nos arrastraría irresistiblemente hácia sí, é iríamos á perdernos en un océano de grandeza y de gloria. Entónces y con la vista de Dios, que es la verdad misma, quedaria plenamente satisfecho el deseo de conocer; y el deseo de amar se saciaría con la posesion de este Dios, que es la beldad suprema. Colocados entonces en un estado fijo de conocimiento pleno y de felicidad perfecta, dejaríamos ya de ser libres. No sucede lo mismo sobre la tierra, en la que solo vemos por entre nubes. Aunque la razon nos descubra que la virtud es el único bien verdadero, no por eso siempre experimentamos placer en seguirla; pues muchas veces exige sacrificios penosos á la naturaleza; aunque los deleites sean falsos ó engañosos, tienen sin embargo atractivos y encantos que nos cautivan, y aunque en muchas cosas se nos muestre la verdad de un modo muy luminoso, no por eso deja de estar frecuentemente envuelta entre sombras. De este modo queda siempre algo que desear á nuestra inteligencia y voluntad, sin que bien alguno particular nos arrastre necesariamente; razon por la cual jamás dejamos de consultar, de deliberar y escojer, que es lo que constituye la esencia de la libertad.

Es indudable que el temperamento, las inclinaciones naturales y la costumbre ejercen cierto imperio sobre nosotros; pero guardémosnos de creerle absoluto, y sepamos hasta donde se extiende su influencia. Yo convendré en que por su organizacion sean unos mas inclinados que otros al deleite, á la pereza ó á la cólera; en que nazcamos con cierta disposicion y cualidades particulares que hacen como el fondo de nuestra alma y de nuestro carácter personal; y en que los hábito envejecidos dejan en nosotros impresiones muy difíciles de borrar; lo cual ha dado lugar al proverbio comun de que *la costumbre es segunda naturaleza*: convendré tambien en que se vean ingenios, muy sensatos por una parte, pero atormentados por otra de ideas estravagantes que no puedan dominar, como se refiere de Mallebranche y de Pascal; y en que haya igualmente hombres, tocados de la manía de creerse animales en ciertos intervalos, y arrastrados maquinalmente á remedar el grito de aquellos, ó á participar de sus alimentos; pero no intento hallar la libertad del hombre en

los maniáticos ni en los insensatos: aquí solo hablamos del hombre racional que disfruta de todas sus facultades. Desechemos bajo de este supuesto la idea de que el temperamento, la inclinacion y la costumbre son irresistibles: podrán debilitar la libertad; pero no destruirla. Pronto os manifestaré las terribles consecuencias del fatalismo. Reconozcamos por ahora que la educacion, el buen ejemplo, la razon, y sobre todo la religion, pueden hacer al hombre superior á la violencia de las inclinaciones y de la costumbre. No es esta la ocasion de decir todos los prodigios que puede obrar en este caso la religion con sus promesas y sus amenazas, y con todos los auxilios divinos que dispensa: me contento con recordaros la multitud de ejemplos que, tanto entre los antiguos como entre los modernos, atestiguan altamente el imperio que sobre sí misma conserva el alma en medio de las impresiones que la pueden inducir al mal. No es el hombre como un árbol que si se inclina á un lado no vuelve á enderezarse por sí mismo; no como una piedra caida de lo alto de los aires que tampoco puede remontarse á la atmósfera, ni como un rio que nunca vuelve á su nacimiento; todo esto está sujeto á las leyes mecánicas. Si el hombre no es independiente de las causas físicas, tampoco es arrastrado por ellas; está animado de un principio de actividad, de una fuerza de razon y de voluntad superiores á todo atractivo y á todos los obstáculos. ¡Cuántas veces hemos visto á los voluptuosos, á pesar de la impresion de los mas envejecidos hábitos, salir por fin de su molicie y hacerse laboriosos y templados! ¡Cuánto no hace brillar este prodigioso cambio de conducta la libertad del hombre y el imperio de su alma sobre sus órganos! Nace Agustin con un entendimiento vivo y un corazon naturalmente tierno; entrégase por largo tiempo á monstruosos errores, y se encenaga en los placeres sensuales; pero por último, pensamientos mas graves principian á hacerle avergonzarse de sus desórdenes; combate, triunfa del hábito del orgullo y de la sensualidad, vuelve á la virtud, y por ella á la libertad verdadera. ¿Queréis todavía otro ejemplo memorable de lo que pueden la religion y la reflexion sobre la naturaleza mas rebelde? Acordaos del inmortal discípulo del inmortal Fenelon; colérico, impetuoso, desenfrenado en todos sus deseos; lleno de caprichos y de arrebatos estravagantes hubiera podido ser el duque de Borgoña, entregado á

si mismo ó dirigido por manos inexpertas, un mónstruo de vicios y de crueldad: pero dulces insinuaciones, ejemplos aun mas persuasivos que las lecciones, y sobre todo el imperio que la religion ejerce insensiblemente en su corazon, templan y suaviza aquel carácter casi feroz, y desenvuelven en el jóven principe cualidades que pronosticaban á la Francia dilatados días de prosperidad y de gloria. Así, pues, señores, nos dice la razon que no hay motivo, bien particular ni inclinacion natural que tenga una fuerza irresistible, por lo cual el hombre es libre antes de obrar, respecto á que puede elegir, y libre en sus acciones, pues dependen de su eleccion.

Consultemos por último la fé del género humano. Si se tratase de los secretos de la naturaleza, de las ciencias llamadas exactas, del conocimiento fisico del globo y del mundo planetario; en una palabra, de todo lo que supone grande capacidad ó sábias investigaciones, no deberíamos ciertamente tomar la opinion general de los pueblos por árbitro y regla de la nuestra; pero en las cosas que todos sienten, que están unidas á la conducta regular de la vida, y son la regla universal de las acciones y de los juicios de todos los hombres, no puede menos de llamar nuestra atencion el convencimiento universal, constante é imperturbable de las naciones y de los siglos. ¿Y cómo seria posible dejar de ver en él uno de los sentimientos que inspira la naturaleza, y que están arraigados en el fondo mismo del ser racional? Si en algunas cosas los mismos sábios son pueblo á causa de sus preocupaciones, tambien el pueblo es verdadero filósofo sobre varios objetos. Entre los ingenios mas sublimes y nosotros hay muchas cosas comunes; y es necesario tambien que entre sus ideas y las nuestras haya un punto de comunicacion sin el cual no podríamos entendernos. Este punto de comunicacion es el sentido comun; y en lo que pertenece al sentimiento y á este sentido, confieso que respeto mucho la autoridad del género humano. ¿Y cuál ha sido su creencia sobre el libre albedrío? No es difícil saberlo. Si los hombres son libres, es natural que deliberen antes de obrar; que dirijan sus pensamientos á lo futuro; que su prevision le reserve recursos, y se decidan siempre por el partido que crean mas prudente. Esto es precisamente lo que han hecho en todos tiempos; de tal modo que los que han obrado sin reflexion han sido mirados como almas superficiales, ó se los ha tenido por temerarios ó locos. Si

somos libres, es natural aconsejar á los hombres que huyan del vicio, que practiquen la virtud, que sacrifiquen las pasiones á la obligacion, y merezcan por una conducta sin tacha la consideracion pública. Todo esto en la doctrina de la libertad está á nuestro alcance; y así vemos á los sábios, á los hombres virtuosos, á los legisladores de todos tiempos, y á cuantos han sido amigos de la humanidad, consagrar sus trabajos y desvelos á hacer á los hombres mejores y mas felices. Por último, si somos libres es natural que la sociedad nos imponga leyes; que nos obligue á seguirlas; que premie á los que se mantienen fieles á ellas, y castigue á sus infractores; y esto mismo es lo que la historia nos refiere de todas las sociedades civiles. Se han visto además filósofos sistemáticos alzarse contra la libertad y combatirla en sus escritos; pero en la práctica desmentian su teoría, obrando y conduciéndose como si fuesen libres. De este modo en todos tiempos y lugares han presentado los hombres todos los fenómenos y las señales características de la libertad; han pensado, han hablado y han obrado como deben hacerlo los seres libres: de donde se infiere que la libertad es uno de los atributos de la naturaleza humana.

Ah, Señores, no tendria la doctrina de la libertad de nuestras almas tantos enemigos, si las pasiones no estuviesen tan interesadas en desconocerla, para satisfacerse impunemente y sin remordimientos. Se podrá disputar contra esta verdad del modo que los Pirrónicos han disputado ridiculamente la verdad de su propia existencia; podrán oscurecerla los sofismas; pero no destruirla; y arrastrado siempre el genero humano por una conviccion profunda, se le verá hablar, discurrir y obrar como debe hacerlo si goza de libertad.

Paso ahora á las pruebas indirectas del libre albedrío, sacadas de los mismos absurdos y de las horribles consecuencias del sistema contrario, ó sea del fatalismo.

Muchas veces, Señores, el medio más corto y fácil de juzgar un sistema es examinarle por sus consecuencias inmediatas. Puede el sofista, á fuerza de sutilezas y de los ardidés ingeniosos de la dialéctica, dar un vislumbre de verdad á los errores mas monstruosos; de modo que llegue á ser difícil seguirle en sus complicados argumentos, ó hacer ver su falsedad, aun cuando se conozca perfectamente. Entónces es preciso examinar las consecuencias necesarias de su

doctrina; pues el árbol se conoce por sus frutos: y cuando las consecuencias son absurdas, ¿podrán ser verdaderos los principios? Apliquemos esto al fatalismo: si os dijese terminantemente que no hay en realidad vicio ni virtud en este mundo; que los remordimientos no son mas que una quimera y el vano tormento de los ilusos, os escandalizariais de tales proposiciones; y en efecto ya hemos hecho ver en otro discurso cuán abominables son. Si añadiese por último que tampoco hay Dios, ¿no os irritaríais aun más? Pues veamos ahora si no son estas las tres consecuencias inmediatas é inevitables del fatalismo, y de este modo serémos conducidos por la fuerza misma de las cosas á la doctrina, opuesta, la del libre albedrio.

Yo sostengo desde luego que en el sistema del fatalismo no hay realmente bien ni mal: en este concepto me dirijo á sus defensores, y les pregunto: ¿os parecen desórdenes y crímenes los asesinatos, los parricidios, los envenenamientos, la calumnia, la crueldad en los padres, la ingratitude en los hijos, la perfidia en los amigos, y la mala-fé en el comercio de la vida? Por el contrario, ¿os parecen cosas arregladas, y teneis por virtudes la probidad, el agradecimiento, la justicia en el majistrado, el valor en el guerrero, y la beneficencia en el rico? ¿Es malo lo uno y bueno lo otro? Hablad: si todo es igual á vuestros ojos; si no advertís otra diferencia entre el bueno y el malo, que la que se nota entre el voraz gavilan y la tímida paloma; si el parricidio y el amor filial son para vosotros lo mismo que una furiosa tempestad ó un dulce rocío, ¿qué sentimientos son entónces los vuestros? ¿Y no os parece semejante doctrina tan horrible que no os atreveríais á profesarla públicamente? Mas si á un lado veis crímenes, y á otro virtudes, sois inconsecuentes; porque al fin si, segun vosotros los fatalistas, todo existe necesariamente; si todo lo que es, debe ser y no puede ser de otro modo, y todo está encadenado por las leyes del destino irresistible; todo entónces está en su lugar, y todo ordenado; entónces no se ha quebrantado regla ninguna, ni hay desórden, porque este no es otra cosa que la infraccion de una regla que debe seguirse y no se ha seguido. Así, Neron cantando el incendio de Troya á la vista de Roma ardiendo, y S. Luis administrando justicia debajo de la encina de

Vincennes, no hacian más que cumplir con sus inevitables destinos; y el uno fué justo por la misma razon que el otro cruel; es decir, por el curso de una invariable necesidad. Del mismo modo Tito y Calígula, siendo el primero las delicias del género humano, y su espanto el segundo, son dos anillos igualmente necesarios de la cadena de los séres, el uno de hierro, si se quiere, y de oro el otro, pero nada mas; pues la diferencia de su conducta no dependía de su eleccion, así como la diferencia entre aquellos dos metales no consiste en ellos: asi, por último, puede llamarse inocente un asesino, citado ante los tribunales, y teñidas aun sus manos en la sangre de su semejante. Y en efecto, en el sistema del fatalismo tendría derecho para decir al Magistrado: «Me he visto tan precisado á cometer este homicidio, como «vos lo podeis estar á vengarle: el temperamento obra en mí «como en vos, por el impulso irresistible de la naturaleza: «yo he debido ser el tigre que devora su presa, y vos debeis ser el cazador que le persiga; sois mas feliz que yo, «pero no soy culpable mas que vos.» En verdad, Señores, que si el Majistrado fuese fatalista, podría, sí, condenar al asesino, pero no replicar á su arenga.

¿Nos contestará el fatalista que él llama virtud á lo útil, y vicio á lo perjudicial, aunque tanto lo uno como lo otro sea necesario, y no efecto de una libre eleccion? Pero yo le diré: si así es, si esta es la balanza en que vosotros pesais lo justo y lo injusto, el vicio y la virtud: echad por tierra todas las nociones de la recta razon, y todas las reglas del lenguaje adoptadas entre los hombres: llamad virtuoso á un campo fértil que se cubre de ricas mieses, porque es utilísimo; y llamad criminal á un torrente desbordado que devasta los campos porque es perjudicial. Advertid, Señores, cuan inseparable es en el hombre la idea del crimen de la idea de libertad: si un enfermo en el delirio de la calentura, y el demente en un acceso de furor cometen un homicidio, veriamos en esto una desgracia, no un crimen. Sería muy justo, muy conveniente poner á uno y á otro en estado de no poder dañar á sus semejantes; ¿pero qué código condenó jamás á muerte al que tiene el cerebro perturbado, por mas daños que haya causado? ¿Porqué los delitos premeditados, combinados y preparados de antemano escitan mayor indig-

nacion, son mas odiosos y tienen en los tribunales otra calificación que aquellos que se cometen en un arrebató de cólera ó de furor, sino porque en los primeros hay más reflexión y más libertad? Quitad pues al hombre la libertad, admitid el fatalismo, y desaparecieron el vicio y la virtud.

La segunda consecuencia es que los remordimientos son una quimera, y que el único partido prudente es sofocarlos. El remordimiento consiste en la convicción íntima que tenemos de haber debido y podido dejar de hacer la acción ejecutada, de cuya convicción resulta en el hombre un combate aflictivo entre la conciencia que le acusa, y el entendimiento que se vé obligado á condenarle. Pero si quitais al hombre la libertad, si el culpable no pudiese evitar el mal, ¿habria cosa mas nécia que reprochársele? Que el hombre responsable de un hurto, de una muerte, ó de una calumnia voluntaria, y penetrado de que tenía libertad para no cometer estos delitos, se reconvenga á sí mismo, es una cosa muy natural; pero si ha sido arrastrado á ellos irresistiblemente y le han sido tan inevitables como una enfermedad y la muerte, sería tan ridículo echárseles en cara como lo sería que un moribundo se acusase de su agonía. Observad, Señores, que hay gran diferencia entre los remordimientos y los demás sentimientos penosos que pueden afectarnos. Nos aflige un suceso inopinado que trastorna nuestros proyectos ó nuestra fortuna, y nos causa pesadumbre la muerte de un pariente ó de un amigo; pero el alma no siente remordimientos sino por faltas cometidas libremente. Así, cuando un enfermo en el delirio de una calentura ardiente insulta ó maltrata á los que le cuidan con el mas tierno esmero, obra maquinalmente; y aunque le cause aflicción, si llega á saberlo, no tendrá remordimientos, porque la conciencia nunca se turba ni se inquieta sino por faltas que han podido evitarse. De todo lo dicho se infiere, que quitarnos la libertad y predicarnos el fatalismo es enseñar á los malvados á dormir tranquilos en el seno de sus crímenes, y quitarles el único recurso que les queda, el de los remordimientos.

La tercera consecuencia del fatalismo es que no hay Dios, En efecto la primera idea que despierta en el alma el recuerdo de Dios es la de un ser santo por esencia, que no puede aprobar ni cometer delitos; y despojarle de su santidad es lo

mismo que aniquilarle. Por consiguiente el fatalista se ve precisado ó á no reconocer á Dios, ó á hacerle autor de todos los males que infestan la tierra. Segun su sistema, el mundo moral así como el fisico, se dirijiria por impulsos y movimientos inevitables, y todas las acciones humanas, así como los fenómenos de la naturaleza, no serian mas que el desarrollo necesario de la direccion primitiva, impresa en las almas como en los cuerpos. Entónces no solo permitiría Dios el mal como procedente del abuso de la libertad, sino que él mismo sería la verdadera causa de él: entónces el crimen del asesino, así como la erupcion de un volcan que abrasa los lugares inmediatos con su lava encendida, sería efecto de la voluntad divina, y el mal procedería de Dios, y no del hombre. Ah! ántes diré, no solo sin temor de blasfemar sino penetrado de un profundo respeto á la santidad del Dios que adoro, que si fuese preciso admitir el fatalismo, y creer que el hombre no es libre, convendría predicar al instante el ateismo como la primera de todas las verdades: pero si todas estas consecuencias nos espantan, volvamos á la doctrina enseñada por la sana razon y por la religion: volvamos, Señores, á la doctrina de la libertad de nuestras almas.

Pero, aun se dirá, Dios lo ha previsto todo; lo que él ha previsto que habia de suceder es preciso que suceda; su ciencia es infalible y no podemos hacerla faltar ejecutando lo contrario de lo que ella ha previsto, y por consiguiente no se puede conciliar la libertad del hombre con la presciencia divina. Esta dificultad, Señores, es ya bien antigua, y se ha hecho muy trivial á fuerza de repetirse: tiene una apariencia que deslumbra, pero en el fondo carece de toda solidez: voy á responder á ella brevemente, El conocimiento que Dios tiene de los sucesos futuros no hace que estos cambien de naturaleza: conoce lo que debe ser libre como libre, y lo que debe ser necesario como necesario. Dios sabia de antemano que hoy nos habiamos de reunir en este templo, pero libremente; de modo que si no hubiéramos sido libres en ello, su ciencia se hubiera engañado. Nuestra determinacion de reunirnos no ha sido un efecto de la presciencia divina, sino solamente el objeto de ella. Cuando yo me determino hablar no es precisamente porque Dios lo ha previsto; sino que lo ha previsto porque yo debía determinarme á ello; así como yo os veo en este recinto

porque estais en él; pero no estais en él porque yo os veo; pues aunque tuviese yo mis ojos cerrados estaríais en él igualmente. Parece que se cree que el conocimiento anticipado de un suceso es causa de él; pero esto es un error manifiesto. Yo preveo que en concluyendo esta conferencia, vosotros y yo saldremos de esta reunion; pero esta prevision no nos pondrá seguramente en la necesidad de separarnos. ¿Es acaso la prediccion del astrónomo la causa de un eclipse? Ciertamente que no, pues el eclipse no se verifica porque esté anunciado en nuestros almanaques; sino que está anunciado en ellos, porque segun las leyes físicas, debe haberle. Es infalible que la accion prevista se ejecutará, pero lo es tambien que se ejecutará libremente: así pues, si es cierto que muy pronto saldremos de este sitio, es cierto tambien que saldremos con toda libertad. En una palabra nosotros hacemos libremente á los ojos de Dios lo que ha previsto que haríamos libremente, y por consiguiente su presciencia no solo no nos quita nada de nuestra libertad, sino que la supone. Si estas esplicaciones no disipan completamente todas las nubes que oscurecen esta materia, si aun quedan sombras en la conciliacion de la libertad del hombre con la presciencia divina y su imperio sobre la criatura estamos en el caso de decir con Bossuet: «cuando nos podemos á raciocinar debemos sentar como indudable que podemos conocer perfectamente muchas cosas, sin embargo de que no comprendamos todas sus dependencias y resultas. «Por esta razon la primera regla de nuestra lógica es no abandonar nunca las verdades una vez conocidas, aunque ocurra alguna dificultad al querer conciliarlas; sino al contrario, es necesario, digámoslo así, tener fuertemente asidos los dos extremos de la cadena, aunque no siempre se vea el centro por donde se contiúa su union.»

Lejos pues de nosotros el fatalismo, no menos temible por sus consecuencias que falsos en sus principios. No se nos ponderen para tranquilizarnos sobre sus resultas las virtudes de algunos Estóicos, las costumbres dulces y apacibles de Espinosa, ni los actos de beneficencia de algunos materialistas modernos: yo responderé á esto que por una feliz inconsecuencia se han manifestado estos hombres mejores que sus sistemas; que no han debido sus virtudes á su fatalismo; que en su conducta han olvidado sus principios para obrar como libres; que su sentimiento ha prevalecido sobre su metafísica; y que su opi-

nion era tan evidentemente mala, que se vieron obligados en la práctica á abandonar sus teorías: añadiré que no tratamos de saber si ha habido fatalistas virtuosos, sino si lo han sido por efecto de su fatalismo; que un sistema que por una reunion feliz de circunstancias produce en algunos de sus partidarios resultas ménos funestas, puede no obstante llegar á destruir toda moral; y que se hace culpable para con toda sociedad en general el que se atreve á predicarle. Ah! La incredulidad moderna recoge con complacencia todos los excesos de los cristianos para hacerlos recaer sobre la religion, y con una lógica tan absurda como injusta acusa el cristianismo de los vicios que el mismo condena, y de los furoros de que alguna vez ha sido pretexto; por esto solo sus acusaciones no son mas que calumnias; pero lo que es una verdad horrible es que el fatalismo conduce al crimen á sangre fria; que enseña á los malvados á burlarse de los remordimientos, enseñándoles que no son mas culpables por sus delitos que la planta venenosa por el veneno que encierra. Esta es, Señores, la ocasion de repetir aquellas palabras de un escritor muy célebre (1), y que hubiera podido muchas veces aplicárselas á sí mismo: «Huid de esos hombres que á pretexto de esplicar la naturaleza siembran en los corazones doctrinas destructoras... Derribando, destruyendo y hollando cuanto los hombres respetan, quitan á los desgraciados el último consuelo en su miseria; á los poderosos y á los ricos el único freno que contiene sus pasiones; arrancan del fondo del corazon los remordimientos del crimen, las esperanzas de la virtud, y aun se precian de ser los bienhechores del género humano. Dicen que la verdad nunca daña á los hombres: yo lo creo como ellos; y esta es á mi parecer una prueba de que no es la verdad lo que ellos enseñan.»

(1) J. J. Rousseau.

CONFERENCIA DÉCIMA.

INMORTALIDAD DEL ALMA.

Si fijamos nuestra vista en el teatro de este mundo, no podremos menos de admirarnos de dos cosas; de los afanes innumerables con que el hombre se fatiga debajo del sol, como dice el sábio, y de la brevedad de su frágil destino. ¡Cuántas agitaciones, cuántas inquietudes en este mundo que habitamos! Aquí se ven políticos entregados á vastos proyectos cuya gloria esperan reconjer algun dia; allí sábios sumergidos en penosas investigaciones para adquirirse fama; allá atrevidos especuladores que quisieran sujetar por sus combinaciones los caprichos de fortuna, esperando disfrutar algun dia del reposo en el seno de la abundancia, y por todas partes pueblos enteros dedicados á perpétuas tareas, al comercio y á las artes, y cifrando en no sé que bienes que se les escapan el colmo de su felicidad. Todo gira de este modo en un continuo torbellino de proyectos, de negocios y placeres. ¡Pero cuántas esperanzas frustradas! Todo lo que aparece en la escena del mundo no brilla en ella mas que un instante; lo que hoy vive mañana dejará de existir; la gene-

racion presente irá á confundirse con las generaciones pasadas; los imperios, los hombres, todo perece, y nosotros mismos pisamos todos los dias la tierra que nos ha de servir de sepulcro. Y en medio de estas perpétuas vicisitudes de generaciones que pasan y de generaciones que empiezan, ¿no seria juicioso preguntarnos á nosotros mismos si todo acaba con el cuerpo? Estos personajes que se han hecho ilustres por sus virtudes, esos hombres célebres cuya memoria vive en los anales de los pueblos, nuestros padres en fin cuyos huesos reposan entre nosotros, ¿no serán ya mas que un vil polvo? ¿Se cerrará todo mi ser bajo de la losa del sepulcro? ¿Habrá por ventura mas ayá de la vida presente otra vida enteramente nueva, en que deberé hallar mi felicidad ó mi desgracia? ¿Se ha presentado nunca, señores, una cuestion mas digna de los hombres sensatos? ¿Y quién será el que en todos tiempos y en todas ocasiones habrá podido desterrarla de su pensamiento?

Pascal dijo: «La inmortalidad del alma es una cosa que nos «importa tanto y nos interesa tan profundamente que para no de- «sear saber lo cierto en este punto, seria necesario haber perdido «todo sentimiento. El rumbo que deben tomar todas nuestras «acciones y todos nuestros pensamientos es tan diferente, segun «que haya ó no bienes eternos que esperar, que es imposible «dar un paso con juicio y con tino sin arreglarse á esta pers- «pectiva que debe ser nuestro primer objeto.» Recordaros, pues, la inmortalidad de vuestras almas es presentar á vuestro entendimiento el objeto mas grande y mas digno de sus pensamientos. Veamos primero lo que podemos descubrir con solas las luces naturales acerca de la existencia de una vida futura, en que haya recompensas para la virtud y castigos para el vicio. Las poderosas reflexiones que expondremos en su favor serán tomadas del conocimiento profundo y combinado del hombre y de Dios: tal es el asunto de esta conferencia.

Si queremos descender al fondo de nuestra alma para estudiarla y conocerla, hallaremos en su misma naturaleza, en sus sentimientos, en sus deseos y en sus creencias las reflexiones mas decisivas á favor de su inmortalidad.

La primera reflexion será tomada desde luego de la misma naturaleza del alma, quiero decir, de su espiritualidad. Nosotros vemos el cuerpo del hombre morir, descomponerse, y sin ser aniquilado convertirse en cierta cosa que no tiene denomi-

nacion fija: el aire, el fuego, el agua, todos los agentes de la naturaleza ejercen su imperio sobre él, como sobre una planta ó sobre el cuerpo de un animal. Pero el alma está fuera de la esfera de las cosas sensibles: pura y sin mezela no encierra en sí ningun principio de corrupcion; y simple é indivisible como el pensamiento, no puede ser herida por elemento alguno, por activo y sutil que se le suponga. Lo que se llama muerte no es mas que una descomposicion de las partes materiales; pero el alma carece de partes, de figura y de situacion respectiva de partes entre sí: y si el cuerpo puede perder esta composicion de partes distintas, desarreglarse y morir, el alma que nada tiene parecido á esto en su modo de existir no debe experimentar por su naturaleza semejante destruccion. Establecida ya la diferencia real entre el cuerpo y el alma, y manifestada la distincion de sus sustancias por su naturaleza y propiedades, se concibe por que la ruina de la una no lleva consigo la de la otra.

No se diga que habiendo sido hecha el alma para el cuerpo debe cesar de existir cuando él, y que sin duda valverá entónces á la nada por la voluntad divina. ¿Pero de donde se saca la extravagante idea de estar limitada la duracion del alma en los designios del Criador á solo el tiempo de su sociedad con el cuerpo? Me atrevo á decir que todo clama contra esta suposicion: el cuerpo es ciertamente ménos perfecto que el alma, y sin embargo aun despues que la muerte ha roto la union entre ambos quedan existentes todas sus partículas, muda de figura, pasa por transformaciones, pero no se aniquila: ¿y quereis que el alma, la mas noble porcion de nosotros y tan superior al cuerpo por sus facultades, vuelva otra vez á la nada? Yo tengo sin duda alguna derecho de suponer que el alma del hombre no es de peor condicion que un átomo de materia; y si desde la creacion no hay uu solo ejemplar del aniquilamiento del menor de los átomos, ¿no podré creer que el alma no está expuesta á ser aniquilada? Esta es, dijo Fenelon (1), la preocupacion mas razonable, la mas constante y decisiva: á nuestros adversarios toca arrancár-

(1) «Lettres sur la religion:» lib. II, cap. II, núm. 6. tomo I, edicion de Versailles.

nosla por medio de pruebas claras y convincentes. Es una ley general desde la creacion, que ningun ser se aniquile; y si Dios ha hecho contra el alma una escepcion de esta ley, corresponde al materialista darnos la prueba de esta voluntad particular del Criador.

Tampoco se nos diga que el alma separada del cuerpo estaria sin vida, privada de sentimiento, y en un estado de estupor y de muerte; ¿pues en qué se funda semejante idea? Es cierto que en el actual orden de cosas el alma depende del auxilio y accion de los órganos para el ejercicio de sus facultades, y que por ello recibe mil sensaciones diversas que son para ella ricos materiales de una multitud de conocimientos; pero no es el ojo el que tiene la sensacion de la luz, ni la oreja la del sonido: estos órganos son el vehículo y no el centro de las sensaciones; son el instrumento y no el principio de nuestros conocimientos. ¿Y quién nos ha dicho que el alma no podrá algun dia dejar de necesitar de su ministerio, y que Dios no sea bastante poderoso para hacer sin ellos lo que ha querido que se haga en este mundo por su medio? Advertir como aun en este mundo se desprende el alma en ciertas ocasiones de las impresiones de los sentidos y de la imaginacion, y sale del limitado círculo de las sensaciones y experiencias particulares para remontarse hasta las nociones generales de orden, de justicia, de belleza y de verdad: notad como por su propia actividad es capaz de las mas profundas especulaciones; como se recoge de tiempo en tiempo en sí misma, como en una especie de santuario inaccesible al tumulto de las cosas sensibles, para alimentarse solo de la contemplacion de la verdad; y ¿quién sabe si este imperio y esta independencia se aumentarán mas luego que esté desembarazada de los lazos del cuerpo? El alma y el cuerpo se resisten naturalmente por sus cualidades opuestas, y lo que mas debe admirar es que dos seres tan diferentes, y que solo el poder de Dios ha sido capaz de reunir, esten de concierto en sus operaciones y en mútua dependencia. Después de la muerte queda sujeto el cuerpo á movimientos del todo ajenos á la accion del alma que ya no le gobierna, y el alma vive de ideas, de pensamientos, y de conocimientos independientes de la impresion de los órganos. Los mismos paganos conocieron que así debia ser; y que rotas por la muerte las cadenas de la prision del alma, volaria mas ilustrada y mas perfec-

ta hácia las moradas celestes. Ciceron en su *Tratado de la vejez*, despues de haber referido la doctrina de Pitágoras, de Sócrates, de Platon y de Ciro moribundo, observa que la naturaleza nos ha colocado mas bien bajo de una tienda de campaña que en una morada fija, y pone en boca de Caton estas palabras: «¡Oh día feliz aquel en que saliendo del fango de esta tierra me eleve hácia la asamblea divina de los espíritus que me han precedido!»

Así, pues, para resumir esta primera consideracion, diré que, por el mismo hecho de ser el alma un ser simple, no puede la muerte del cuerpo, que es un compuesto, causar la del alma, y que todo nos induce á creer que la voluntad positiva del Criador es la de no aniquilarla; y ved como su espiritualidad nos suministra una poderosa reflexion á favor de su duracion despues de la muerte del cuerpo.

La segunda reflexion nace de ciertos sentimientos íntimos del alma que son comunes á todos los hombres. Todos tenemos dentro de nosotros mismos cierto presagio y cierto presentimiento de una vida futura. Porque si no, ¿á qué fin ese secreto deseo de sobrevivirnos á nosotros mismos, y de eternizar nuestro nombre en la memoria de nuestros semejantes que experimenta el aldeano igualmente que el sábio y el guerrero? El sábio quiere immortalizarse por sus obras, el guerrero por sus hazañas; y apeteciendo el aldeano vivir á lo menos en la memoria de sus hijos, se aflige con la idea de poder ser olvidado de ellos, y quisiera unir su nombre al edificio que ha levantado, al árbol que ha plantado y al terreno ingrato que ha sabido fertilizar; pero sobre todo parad la atencion en ese deseo inmenso de celebridad que domina á los hombres famosos, y que extendiéndose hasta la posteridad mas remota se alimenta con la idea de que sus grandes y bellas acciones llamarán la atencion de todas las edades. ¿Y á que todo esto, si no estuvieran poseidos de una especie de esperanza de gozar ellos mismos de su gloria en los siglos futuros?

En todos tiempos se ha ensalzado, y con razon, el heroismo de aquellos que han sabido morir por su pátria. Este sacrificio de la vida presente puede muy bien esplicarse supuesta la immortalidad del alma; pero si todo se limitase al sepulcro, la actual existencia seria el supremo bien; y siendo la vida de un valor infinito comparada con la nada, la ley suprema seria vivir,

y una verdadera inconsecuencia morir por sus semejantes. En efecto, señores, el hombre no arrostra la muerte sino porque ve en ella un tránsito á otra segunda vida; en lo cual el sentimiento domina la razon, aun en el materialista de opinion, á quien yo diria: al morir por vuestra pátria aspirais á la gloria; pero si despues de la muerte no existís ya más que en la estatua ó en el lienzo que os pueda representar, ¿qué os importan los cánticos del poeta, los elogios de orador ó las relaciones de la historia? Sin estar animado Caton de los sentimientos puros que inspira el cristianismo, procedía de buena fé diciendo: «Yo «no hubiera emprendido nunca tantos trabajos civiles y militares, si hubiera creido que mi gloria debiese acabarse con mi «vida.... Pero no sé como mi alma, elevándose sobre sí misma, «parecia creer que saliendo de esta vida empezaría á vivir.» Ved pues, señores, como ese amor á la gloria de que estaban poseídos los hombres célebres tenia su origen en la esperanza secreta de una vida que debía empezar despues de la muerte.

La tercera reflexion á favor de la inmortalidad del alma tiene su origen en sus mismos deseos. Me esplicaré: Nacido el hombre sensible desea la felicidad y se dirige á ella como á su último fin; y no encontrándola sobre la tierra, ¿no es preciso que la busque en otra mejor vida? Demos á estas ideas la extension conveniente. Descended, señores, al fondo de vuestros corazones; escuchad allí en el silencio de los sentidos y de la imaginacion la voz de la verdad, y cada uno de vosotros dirá ingénuamente conmigo: mi alma experimenta no sé que deseo de ser feliz, que nada de lo terrestre puede satisfacer; busco con ansia cierta cosa que no pueden darme las criaturas; corro tras una sombra que siempre huye de mí; mas de una vez suspiro á pesar mio de disgusto y de tédio, y quisiera un placer puro, fijo y permanente, pues comprendo que la felicidad solo se halla en un corazon cuyos deseos esten todos satisfechos. Pero ¿adónde se encuentra toda esta satisfaccion? ¿Hay un solo mortal que la haya disfrutado sobre la tierra? Que venga, si le hay, y révélenos este secreto. Salomon en medio de sus magníficas diversiones, de sus deliciosos jardines, de la riqueza de sus tesoros, del esplendor de su gloria, y de la abundancia de los placeres confiesa que no es feliz; ¿y por qué? Porque sus oídos no se sacian jamás de oír, sus ojos de ver, ni su corazon de desear. Conquista Alejandro el universo, y la tierra en-

mudece ante él: pero fatigado, mas bien que saciado de gloria, suspira y llora en medio de los trofeos del mundo vencido. Tiberio disgustado del poder corre á encerrarse en la isla de Capri, y busca en el refinamiento del libertinage lo que no pudo hallar en la grandeza; pero Tiberio se engaña, la felicidad no habitará con él en la morada de sus torpezas, sentirá su miseria, y se verá precisado á confesarla á la faz del mundo entero. ¡Qué ejemplos tan memorables de la nada de las cosas humanas, y de su insuficiencia para hacernos felices! Los he recordado para haceros conocer cuanta es el ansia del corazon humano, y como se ven frustradas sobre la tierra todas sus esperanzas.

Entrando ahora dentro de mí mismo, me digo: yo deseo ser feliz, esta es la necesidad mas imperiosa de mi alma, y la inclinacion necesaria de mi naturaleza: yo no me he dado á mi mismo este deseo, ni está en mi arbitrio despojarme de él; le he recibido de Dios con el ser y la vida; y siendo el término á que me hace caminar sin cesar, ¿no será necesario que tarde ó temprano me haga llegar á él? ¿Sería un Dios de verdad si me engañase en los deseos que él mismo me inspira, señalándome un término, y dejándome en la imposibilidad de alcanzarle? Y si esta dicha, para lo que yo siento íntimamente que me ha destinado, no existe para mí sobre la tierra, ¿no será necesario que la haya puesto mas allá del sepulcro? Todo marcha en la naturaleza á su fin particular; el sol y los demás astros con sus movimientos regulares llenan todo su destino; los animales cumplen el suyo obedeciendo su maravilloso instinto: ¿y será el hombre el único en la inmensa cadena de los seres que no cumpla el suyo, y á quien haya condenado la Providencia á correr incesantemente hácia el fin de su naturaleza sin conseguirle jamás? Tengamos, señores, ideas mas justas y mas consoladoras de los designios del Criador y de la excelencia de la naturaleza humana.

La creencia universal del género humano me suministra la última reflexion. Los anales de los pueblos, antiguos y modernos, atestiguan que el mundo entero ha creído siempre en la vida futura. La supersticion, los vicios y la ignorancia han podido degradar esta creencia, y los sofistas combatirla; pero siempre ha dominado entre todas las naciones de la tierra. Serian inútiles largos pormenores sobre un hecho tan compro-

bado, y por esto nos limitaremos á algunos testimonios. Era tan universal en la antigüedad esta doctrina, que Ciceron no temió hacer decir á Lelio en su *Tratado de la amistad*: «No puedo sufrir esos novadores que aseguran en nuestros dias que todo concluye en el sepulcro; y para mí tiene mas valor la autoridad de los antiguos, la de nuestros antepasados, la de los ilustres personages que han sido la gloria y el ornamento de la Grecia; y sobre todo la de aquel que fué declarado el mas «sábido de todos.» Séneca, en una de sus epístolas, hace observar que, cuando se trata de la inmortalidad de nuestras almas, es de mucha autoridad para nuestro entendimiento el asenso universal de los hombres. Yo no pretendo que Ciceron y Séneca hayan sido tan ilustrados ni tan firmes en su creencia como lo son los cristianos: y mi objeto ha sido solamente citarlos como testigo irrecusable de la fé de la antigüedad. En los autores que han tratado de esta materia hallareis reunidos los pasajes mas positivos sobre la fé de los pueblos antiguos, de los Egipcios, Caldeos, Indios, Griegos, Romanos, Gaulas y Germanos; y para citar solo un ejemplo, hablemos de los Gaulas cuya antigua creencia puede interesarnos mas como Franceses. César nos dice que los Druidas escitaban el valor de sus guerreros, y los exhortaba á desafiar los peligros con la esperanza de la inmortalidad: y esta, dice tambien Lucano, les daba aquel ardor impetuoso que los hacia correr á la muerte: pues no habia para ellos mayor cobardía que economizar una vida que no se perdia para siempre. Por último, esta creencia de los pueblos se descubre hasta en sus mismas supersticiones y mas ridículas ceremonias, y se deja ver en efecto en los apoteosis, en las visiones de la metempsicosis, en el Eliseo y el Tártaro de la mitología, en el juicio de Minos y de Radamanto, en la evocacion de las sombras y en el temor pueril á los muertos.

En cuanto á los pueblos modernos bastan las relaciones de los viajeros que han recorrido las diferentes partes del globo. La fé de la inmortalidad del alma se hallaba ya en el nuevo mundo antes que Cristóbal Colon abordase á él. El ilustre Robertson dice: «nosotros la hallamos establecida de un extremo al otro de la América, mas vaga y oscura en unas regiones, mas «clara y perfecta en otras, pero desconocida en ninguna.»

¿Y á quien no admira, Señores, esta conformidad gene-

ral de las naciones y de los siglos? ¡Cosa singular! Cuando los sentidos nada nos dicen acerca de nuestra existencia futura, ni de la duracion de nuestras almas despues de la muerte del cuerpo, y cuando por el contrario vemos que el hombre muere al parecer todo entero como las bestias, sin que nada nos indique exteriormente la menor diferencia; cuando la experiencia de todos los tiempos y la observacion de todos los dias no nos presentan más que materia y descomposicion de partes, y que el hombre nace, vive y muere como los demas animales; y cuando en fin por todo lo que se presenta á nuestra vista parece que el género humano deberia propender al materialismo mas completo, ¿de dónde ha podido venirle un pensamiento tan extraordinario como el de la inmortalidad del alma? ¿Cómo en medio de las ruinas y de los estragos del tiempo y de la muerte ha podido resonar en todo el universo ese grito de inmortalidad? No lo dudeis, Señores, el autor de la naturaleza es que ha impreso este sentimiento en nuestras almas, así como las ha dotado de inteligencia y de humanidad; y es tan imposible despojarnos de él, como privarnos de la razon y del pensamiento.

Hay en fin, Señores, un testimonio constante, universal é irrefragable de los sentimientos, de la esperanza y de la creencia del género humano, que corrobora singularmente las reflexiones que acabo de exponer: hablo del culto religioso de los muertos, conocido en toda la tierra, así en la antigüedad como en los tiempos presentes. ¿A qué fin ese respeto á sus despojos? ¡Esos sepúlcros erijidos en su honor, y esos cánticos lúgubres consagrados á su memoria se dirijen á un polvo insensible y vil, ó nacen por el contrario del pensamiento secreto de no ser indiferentes los muertos á los testimonios de nuestro afecto, de ser como testigos de nuestras lágrimas y de nuestra afliccion, y de poder nosotros conservar una especie de sociedad afectuosa con aquella parte de ellos que aun vive?

Hay un pueblo en las estremidades del Oriente que pone sobre los sepúlcros diferentes manjares para alimentos de los muertos, y entre los idólatras Peruanos, las mugeres y los hijos de los Incas se ofrecian á la muerte para honrar los funerales de estos y acompañarlos en el otro mundo. Osian, ó el que ha cantado bajo de su nombre, hace vagar en las

nubes las sombras de sus guerreros cazadores, y los supone sensibles á los cánticos que los Bardos consagran á su gloria. ¿No tiene todo esto una manifiesta conexion con la doctrina de la vida futura? ¿Pero porqué encanto irresistible colocamos de este modo la vida hasta en la morada de la muerte? «En esto «es, dice un escritor célebre (1), en lo que la naturaleza «humana se muestra superior al resto de la creacion, y de- «nota sus altos destinos. ¿Conocen las bestias el féretro, ni «las conmueven sus cenizas? ¿Qué les importan los huesos «de sus padres? ó por mejor decir, ¿conocen á estos acaso «despues que han pasado las necesidades de la infancia? So- «lo el hombre, entre todos los séres creados, recoge las ce- «nizas de sus semejantes y les tributa un respeto religioso «y á nuestros ojos el dominio de la muerte tiene algo de «sagrado. ¿De dónde nace la grandiosa idea que tenemos de «la muerte? ¿Merecerá un poco de polvo nuestros homena- «jes? Ciertamente que nó, y si respetamos las cenizas de «nuestros antepasados es porque una voz secreta nos dice «que no todo ha muerto en ellos: esta es la voz que con- «sagra el culto fúnebre entre todos los pueblos de la tierra. «Todos están igualmente persuadidos de que el sueño no es «durable ni aun en el sepúlcro, y que la muerte no es mas «que una transfiguracion gloriosa.»

Sí, la religion de los sepúlcos está unida al sentimien- to de la inmortalidad, y en este punto la experiencia con- firma la razon. Jamás en efecto se han visto las cenizas de los muertos mas indignamente profanadas que en aquella épo- ca en que el materialismo mas brutal prevaleció entre nos- otros: cuando en el hombre que muere no se vé más que una máquina que se descompone, ó una planta que se des- hace, y cuando se cree que nada queda de él mas que un asqueroso despojo, ¿qué veneracion podrémos tributarle? ¿No nos sentimos por el contrario inclinados á tratarle como el cadáver del animal mas inmundo? Si catorce siglos de una piadosa veneracion no pudieron salvar de ultrajes los restos mortales de la patrona de esta capital; si se vieron por al- gun tiempo los huesos mismos de Turena descansar al lado

(1) Chateaubriand, «Génie du christianisme.» lib. VI, cap. 3.

de los del elefante y del cocodrilo, y si tantos ilustres difuntos fueron arrojados de su última morada, fué porque la religion misma carecía de asilo, y porque las doctrinas perversas habian casi borrado el sentimiento de la inmortalidad. Sí, el sacrilego materialismo fué el profanador de los sepúlcros, y la creencia en la vida futura es la que nos hace venerables.

Habeis visto, Señores, como reflexionando sobre la espiritualidad de nuestra alma, sobre sus más íntimos sentimientos, sus mas ardientes deseos y sus más arraigadas creencias, descubrimos en nosotros mismos el gérmen y las prendas de la inmortalidad: veamos si del conocimiento de Dios y de sus perfecciones no nacen reflexiones aun mas convincentes.

Atreverse á decir que no hay Dios, es un extremo monstruoso al que el entendimiento del hombre no se entrega jamás sin zozobra y sin inquietud: ¿y cual es el ateo que está íntimamente convencido de su ateismo? Sus mismas blasfemias publican la fé oculta en el fondo de su corazon, y sus frecuentes discursos contra la Divinidad descubren el terror que le inspira. Montesquieu ha dicho: «El hombre piadoso y el ateo hablan continuamente de la religion: el uno habla de lo que ama, y el otro de lo que teme.» No: el ateismo, Señores, no es una opinion; es sí un delirio, un furor.

Reconocer un Dios, sin Providencia es una inconsecuencia grosera; es hacer de Dios un Rey sin vasallos, un señor sin autoridad, un padre sin bondad, y un legislador sin plan ni sabiduría, que abandona su obra y sus leyes á los caprichos del acaso; luego hay un Dios que gobierna al género humano y que preside á sus destinos con tanta sabiduría como justicia. ¿Y cómo podríamos sin embargo reconocer en este mundo al Dios justo y sabio, si este mundo no estuviese enlazado con otro mundo futuro?

¿Y qué exigen en este caso la justicia divina? La razon nos dice que Dios, justo apreciador de todas las cosas, no puede mirar del mismo modo al parricida que al hijo sumiso; al amigo fiel que al pérfido; al desapiadado avaro que al corazon generoso; al horrible homicida que al libertador de su semejante: pensar de otra manera seria suponer á Dios menos perfecto que el hombre, pues éste apesar de los defectos de su naturaleza, no puede menos de sentir un secreto

horror al vicio, aun en el momento mismo en que tiene la debilidad de entregarse á él, y un amor oculto á la virtud, aun cuando no tenga valor para practicarla. Si, mi conciencia misma me dice que la virtud es apreciable, digna de elogios y de recompensas, y el vicio despreciable y digno de oprobio y de castigo: este es el grito de la naturaleza, y esta es la idea de justicia impresa en nuestras almas. De este modo, y por una série de ideas encadenadas unas con otras, vengo á parar en que no hay Dios sin justicia, ni justicia sin recompensas para la virtud y castigo para el vicio.

Pero en vano buscamos sobre la tierra este órden de cosas, el único conforme á la rigurosa equidad. Es cierto que Dios para animar á los buenos y aterrar á los malos, para advertir mas palpablemente á los hombres que su Providencia vela sobre ellos, y hacerles presentir lo que les espera, hace alguna vez brillar su justicia en el hombre de bien colmándole de prosperidades, y en el culpable descargando sobre él golpes tan espantosos y visibles, que es imposible desconocerla. Mas de una vez enfermedades vergonzosas y crueles, disgustos mortales, pesares roedores y una ruina total y repentina hacen sentir á los culpables la mano vengadora que pesa sobre su cabeza; pero á pesar de todos los ejemplos de esta clase es preciso convenir en que si la vida presente no estuviese enlazada con otro órden de cosas, este mundo no seria mas que un caos, un enigma inconcebible y un perpétuo desórden que clamaria contra la Providencia y contra su justicia. ¿Qué nos presenta la historia de todos los tiempos y de todos los pueblos? Bien frecuentemente desconocidas las virtudes, honrados los vicios, delitos sustraídos á la cuchilla de la justicia humana, familias arruinadas por la mala fé, víctimas desgraciadas de la envidia y del ódio, la inocencia jimiendo en las prisiones, y la virtud pereciendo en los cadalzos. Son tan repugnantes estos desórdenes, que las almas débiles é impacientes han tomado de ellos ocasion para blasfemar contra la Providencia, y mirarla como indiferente al gobierno de las cosas humanas, para creer perdido los esfuerzos del hombre de bien, y esclamar como aquel Romano vencido en los campos de Filipo: *¡Oh virtud, no eres mas que un fantasma!* Jamás, Señores, es cierto, saldrá de nuestra boca semejante impiedad, y ménos aun se abrigará en nuestro corazón.

Esos desórdenes, que resaltan por todas partes á nuestra vista, deben recordarnos el orden eterno de que Dios es origen: yo sé que existen en los tesoros de su omnipotencia medios de reparar cuanto hay desarreglado en este mundo: me arrojó al seno de la eternidad, y dirigiendo desde allí mis miradas sobre la tierra, la veo en su verdadero punto de vista; desde allí reconozco que lo que parece en ella mas discordante, forma parte de la armonía universal por su enlace con los designios infinitos de aquel que vive y reina por los siglos de los siglos. Los trabajos del hombre virtuoso no son á mi vista injusticias, sino pruebas y combates que conducen á la gloria: y cuando comparo lo que padece con la corona que le está preparada, solo veo ya en sus aflicciones las angustias de un alma que se labra su inmortalidad; y esto es lo que ha querido decirnos el sábio en aquellas graves palabras (1): «He visto bajo del sol la impiedad en lugar del juicio, la iniquidad en el puesto de la justicia, y he dicho luego en mi corazon: Dios juzgará al justo y al impío, y entónces será el tiempo de ordenar todas las cosas.»

Pero se dirá tal vez: ¿porqué recurrir á la otra vida para justificar á la Providencia? Si buscáis recompensas para la virtud, las hallareis en la paz y en el testimonio de una buena conciencia; y si castigos para el vicio, los encontrareis en los remordimientos inseparables de él: pero esto no es mas que un vano sistema por el cual es imposible salvar la justicia divina, y cuya futilidad vamos á haceros conocer. No es la justicia de Dios como la de los hombres; pues es infinita como su poder. Es digno del que todo lo conoce y lo puede, premiar todo lo bueno y castigar todo lo malo; destinar recompensas á la virtud, y al vicio castigos indefectibles, suficientes y asignados con medida y proporcion, lo que no serian si todo se redujese á la paz del alma en los justos, y á los remordimientos en los culpables. Quereis primeramente que la paz del alma sea el único premio de la virtud, pero esta paz no es siempre inseparable de ella, y hay corazones virtuosos que viven sobresaltados, y que tímidos hasta el extremo, temen en donde nada hay que temer: la delicadeza de su conciencia es su tormento: la imaginacion los asusta con fantasmas, y les pinta

(1) Ecclesiast, III. 17.

los mas lijeros defectos con los colores de los vicios mas feos, convirtiendo de este modo en mal lo que es un bien: así la paz se desvanece entre las borrascas de un alma ajitada, y con ella tambien lo que creéis ser la única recompensa de la virtud. Es preciso además que la recompensa sea proporcionada al mérito; y sin embargo esta regla de equidad se encuentra violada á cada paso en este mundo. En efecto, esa paz de la conciencia acompaña tambien virtudes que aunque sólidas son ménos penosas á la naturaleza; ¿y cual será en este caso la recompensa de las virtudes mas sublimes y mas difíciles? Voy á esplicarme: nace un hombre con felices inclinaciones; apacible, modesto y dueño de sí mismo, por temperamento practica natural y fácilmente la virtud; mientras que ajitado otro de pasiones violentas, tiene necesidad de ser pacífico en medio de los arrebatos de un carácter fogoso, continente á pesar de la impetuosidad de sus deseos, y modesto en medio de la fama de un renombre esclarecido. Si uno y otro son virtuosos, gozarán ambos igualmente de la paz del alma sobre la tierra; pero el uno tiene mas obstáculos que vencer, mas triunfos que conseguir sobre sí mismo: su fidelidad es mucho más difícil, y mucho mas meritoria por conseguinte su virtud y digna de mayor recompensa: sin embargo esta seria la misma si solo consistiese en la paz del corazon. Pero todavía hay otra reflexion de la mayor fuerza: cuando el hombre de bien muere por su deber, cuando hace el sacrificio de sus dias mas bien que el de su conciencia, entónces es cuando se hace mas agradable á su Criador, y mas digno de sus favores: pero si no hubiese otro premio para su virtud que la tranquilidad de su conciencia, ¿en dónde recibiría la recompensa de su heroísmo? ¿Bajará con él al sepúlcro la paz de su alma? Suponeos colocados entre la prevaricacion y la muerte, y que en este caso os manda Dios morir por complacerle: ¿será preciso que ejecuteis sin esperanza de recompensa alguna este último acto de vuestra vida, que corona todos los demás y es el mas meritorio de todos? ¿Habria cosa mas injusta? No: ó Dios no os manda morir por vuestro deber, ó es preciso que premie una obediencia manifestada hasta con la muerte: ¿y en dónde, repito, se recibirá el premio si todo acaba al morir?

No está mejor fundado el limitar el castigo del vicio á

los remordimientos. Convento en que el delincuente halla su primer castigo en la acusacion de su propia conciencia; pero si los remordimientos fuesen su única pena, entonces los más delincuentes serian por lo comun los ménos castigados, porque sabrian mejor que los otros sofocar los gritos de su conciencia bajo del peso de la multitud de sus crímenes. La primera falta es á la que se sigue el remordimiento mas agudo; despues es demasiado frecuente familiarizarse con el vicio, y debilitarse los remordimientos á medida que el hombre se entrega á él, acaban lo segun el lenguaje de los Libros sagrados por tragar la iniquidad como el agua: por tanto si los remordimientos son la única pena del vicio, falta toda la proporcion entre el delito y el castigo, y para decirlo de una vez, los remordimientos no serian mas que una preocupacion ridicula, de la que seria preciso libertarse, si no hubiera nada que temer mas allá del sepúltero. Yo bien concibo por qué un alma puede tener remordimientos ínterin está penetrada del temor de un Dios vengador; pero si este temor se debilita ó se apaga, es preciso que con él se debilita y apague tambien el remordimiento. Por esto tienen los grandes criminales una secreta inclinacion á las doctrinas del fatalismo, igualmente que á las del materialismo; pues presentándoles las unas sus crímenes como necesarios, se dirigen á libertarlos de los remordimientos al paso que las otras les ofrecen la impunidad haciendo morir juntos el alma y el cuerpo. Libres así de todos los terrores de una vida futura podrán muy bien temer el suplicio ó el oprobio, pero no sentirán los remordimientos. Por otra parte ¿no sabemos que el culpable se disfraza mas de una vez á si mismo la injusticia y la enormidad de sus acciones, que los crímenes afortunados dejan de serlo á sus ojos, y que los excesos mas escandalosos no parecen tales cuando se los vé al través del prestigio de la gloria? ¿Y creerémos de buena fé que algunos ligeros remordimientos sean suficiente castigo de acciones que pueden causar la ruina de las familias, de las jeneraciones y de las naciones enteras?

Hay en fin un delito particular que quedaria impune en el sistema que combatimos: hablo, señores, de ese crimen raro en otro tiempo y demasiado comun en nuestros dias, espanto de la sociedad y escándalo de las costumbres, del swi-

cidio. Si no hay mas castigo para el crimen que los remordimientos, ¿cuál será el de ese hombre que debiéndose á la sociedad que la ha alimentado en su seno y ha velado por la conservacion de sus dias, á su familia con la que ha contraido obligaciones, y sobre todo á Dios que le ha dado la vida y es el único que tiene derecho de quitársela, se la arranca sin embargo á sí mismo con desprecio de todas las obligaciones, divinas y humanas, echando acaso con este último atentado el sello á una vida del todo criminal, á menos que no le cometa estando demente ó privado de su libre albedrío? Si su alma ya no vive, segun pretendeis, ¿cómo podrán obrar los remordimientos en lo que está reducido á la nada? Concluyamos pues, señores, diciendo que la paz que consuela al justo, y los remordimientos que atormentan al malvado, empiezan en este mundo la diferencia que debe hacerse un dia con mas esplendor y exactitud, y son el prelude, no la medida de la justicia divina: de este modo los consuelos de la virtud, y las amarguras del vicio en esta vida, establecen mas bien que destruyen la doctrina de la vida futura.

No se alegue tampoco que la justicia divina quedaria satisfecha con el aniquilamiento del culpable; vano subterfugio! La justicia divina debe ejercerse de un modo capaz de intimidar al hombre, de contenerle en su deber ó atraerle á él: los malvados no tendrian ciertamente temor alguno si contasen con seguridad con el recurso, aunque miserable, de su aniquilamiento. Por otra parte, ¿no deben las penas aplicarse con equidad, y graduarse por el número, la naturaleza y la gravedad de las faltas, de modo que haya desigualdad en los castigos, cuando la hay en los delitos? ¿Podrá la soberana justicia confundir un simple robo con un parricidio? Sin embargo, los delitos serian igualmente castigados si la aniquilacion fuese la pena comun á todos.

Descendamos aun por un momento al fondo del corazon humano, y profundicemos las ideas que debemos formarnos de la Providencia en el gobierno de este mundo. El temor y la esperanza son como los dos polos del mundo moral; todo camina y gira sobre estos dos sentimientos; ellos son los que establecen y perpetúan la subordinacion y el orden en la sociedad lo mismo que en las familias, y en los ejércitos como en las ciudades. El corazon del hombre está lleno á un mis-

mo tiempo de deseos y de debilidades, y necesita ser estimulado por la esperanza y contenido por el temor. Manifestadle el premio de la virtud si quereis que la practique, y el castigo del vicio si quereis que le evite. ¿Qué se pensaria de un capitan que tratase al soldado cobarde del mismo modo que al esforzado? ¿Qué, de un legislador que despues de haber publicado un código de leyes las abandonase al capricho de cada uno, y no ofreciese ningun motivo poderoso para ser fiel á ellas, ni supiese animar con promesas á los obedientes, é intimidar con amenazas á los infractores? Destituidas entonces las leyes de su necesaria sancion, ¿no quedarian sin fuerza y sin autoridad? ¡Y se quiere que Dios, supremo legislador, abandone sus leyes á la voluntad de cada uno, que no vea ni la fidelidad ni la rebellion; y que los unos las observen sin utilidad, y los otros las violen impunemente! Si esto fuese así, nada habría hecho para asegurar el imperio de ellas, y su obra seria tan indigna de su sabiduría como de su justicia.

Yo bien sé que un amor desenfrenado de independendia nos hace enemigos de toda regla, y que quisiéramos sacudir su yugo. Encadenando la Providencia á nuestros deseos, le permitimos que pueda preparar recompensas á la virtud; pero nos irritamos con la idea del castigo, y queremos esperar todo de su bondad, sin temer nada de su justicia; pero su justicia y su sabiduría nunca la abandonan: tienen sus derechos como los tiene su bondad, y es preciso que brillen en sus obras, y aseguren la ejecucion de las leyes y de las obligaciones que Dios nos impone: mas una y otra quedarian violadas, como dejo probado, si la nada fuese la única pena de los malvados.

Es pues cierto, señores, que el sepulcro no es el término de la vida humana; que lo que vive y piensa en nosotros no muere; que este corazon que suspira por la felicidad, y esta inteligencia que anhela por la verdad, serán en fin satisfechos.

Si, léjos de nosotros ese materialismo que mantiene al hombre encorvado hácia la tierra, hácia esa tierra que solo tocamos con la estremidad del cuerpo, como para enseñarnos á despreciarla. ¡Cuán consolador y sublime es el destino del hombre llamado á vivir mas allá de los tiempos! No hablo de esa inmortalidad concedida en el mundo á la memoria de aquellos que se han hecho ilustres por su injénio y sus tareas, y que solo es una vana imágen de la verdadera in-

mortalidad que debe ser el patrimonio de la virtud. Arrebatado el poeta romano de la belleza de sus obras se atrevia á esclamar en su entusiasmo lírico (1): «Acabo de erigir un monumento mas duradero que el bronce; yo no moriré todo entero,» *non omnis moriar*. Tenia razon, Señores: su nombre vive aun en la memoria de los hombres: ¿pero qué influyen en su dicha los elojios de la posteridad? El se prometia una gloria inmortal que ha de disfrutar el que observe la virtud. ¡Qué nueva luz derrama este pensamiento sobre todas las cosas humanas! Ella en efecto me descubre que este mundo no es mas que un espectáculo de máquinas organizadas por cierto tiempo, que se romperán un dia para siempre, y con las que el Criador juega y se divierte: veo tambien por el contrario que el Ser infinito se ha propuesto fines dignos de su infinidad, que no se arrepiente de los dones que ha concedido á nuestra alma, y que despues de haberle dado el poder de conocerle y glorificarle, quiere realmente ser conocido y glorificado por ella para siempre. La antigüedad profana imaginó un sábio á quien nunca vió, que permaneciese inmóvil en medio de las ruinas del universo (2); pero esta idea se verifica en el justo á quien sostiene y anima la esperanza de una dichosa inmortalidad. Añiten entónces la tierra mil sacudimientos diferentes, conmuevase y caiga todo á su rededor: elevado él sobre las cosas creadas, solo contempla las cosas eternas; la última desgracia que puede sucederles es morir; ¿pero qué le importa la muerte si su alma es inmortal? De este modo el dogma de la inmortalidad del alma consuela la desgracia, reanima la virtud, reprime el vicio, justifica á la Providencia, esplica al hombre y el mundo moral, y es como una cadena misteriosa, que baja desde el trono del Criador hasta nosotros para unir la tierra al cielo, al hombre á su Dios, y el tiempo á la eternidad.

(1) Horat. «Carmin,» lib. III, Oda 30.

(2) Horat. «Carm.» Lib. III, Oda 3.

CONFERENCIA UNDÉCIMA.

DEL CULTO EN GENERAL.

Nada hay mas comun en el día que hombres que viven sin religion y sin Dios, ya porque ostenten ser incrédulos por sistema, ya porque se abandonen á una indolencia dulce en la apariencia, aunque funesta en la realidad. Ateos en su conducta, contemplan las maravillas de la naturaleza sin elevarse jamás hasta su autor; disfrutan de todos los beneficios de la creacion, sin subir nunca hasta su origen por medio del reconocimiento, y como si estuviesen fuera del imperio del árbitro soberano de todas las cosas, no siguen mas regla en sus sentimientos y en sus acciones que la inclinacion que los domina; miran como una cosa inútil los homenajes del entendimiento y del corazon, ó sea el culto interno rendido á la Divinidad, y tienen por prácticas pueriles y supersticiones populares las demostraciones exteriores y públicas como los ritos sagrados y las fiestas religiosas.

Por desgracia la impiedad encontrará siempre un secreto y poderoso apoyo en la soberbia del entendimiento y en la depravacion del corazon. El hombre quiere siempre ser independiente y satisfacer todos sus apetitos; por esto resiste la idea de un

Dios que le representa un ser que manda y quiere ser obedecido, y se irrita contra las doctrinas religiosas porque reprimen sus inclinaciones. Las pasiones murmuran siempre contra el freno de la autoridad divina, é impacientes é indócil-les procuran romperle. El orgullo no reconoce superiores, ni aun iguales, y el mismo espíritu de rebelion que subleva algunas veces al vasallo contra el Monarca, al hijo contra el padre, y al criado contra el señor, subleva tambien al hombre contra Dios; de modo que hay hombres irreligiosos por la misma razon que hay súbditos rebeldes é hijos ingratos. Dominado el hombre por su orgullo se contempla á sí mismo con una secreta complacencia, solo se ve á sí propio en el universo, y á todo se antepone, hasta al mismo Dios; y por esto el orgullo es ya un principio de ateismo. ¡Cuán arraigadas deben estar en el corazon del hombre las doctrinas religiosas y morales cuando han resistido á las pasiones siempre coligadas para destruirlas! Nada acaso prueba mas victoriosamente el imperio y necesidad de estas doctrinas que el corto número de impíos que de tarde en tarde se han atrevido á impugnarlas.

Parecia natural á primera vista que la impiedad estuviese confinada en las últimas clases del pueblo, y que solo los que sufren el peso del dia y del calor y comen únicamente un pan regado con su sudor y su lágrimas pudiesen sentirse inclinados á desconocer á un Dios, padre comun de los hombres, y á negarle los homenajes del reconocimiento. No ha nacido sin embargo la incredulidad en el seno de la indijencia; y si por desgracia no le es hoy desconocida, es indudable que ha descendido á ella desde mas alto. La mas veces es el último de los escesos de un talento poseido de la altanería de la ciencia, y estraviado por la sutileza de sus pensamientos. Sí, Señores, el primer grito de impiedad salió de la boca de los afortunados del mundo, de los grandes, de los ricos, de los sábios, de los mas brillantes ingenios; y de este modo los mas favorecidos fueron los mas ingratos. Mi objeto pues en este dia será sacarlos de su fatal olvido de la Divinidad, escitar en sus almas los sentimientos religiosos amortiguados, pero no extinguidos, y combatir esos sofismas dirigidos á justificar el hábito verdaderamente monstruoso de vivir sin tributar ninguna clase de homenaje á la suprema Majestad. Pa-

ra ello sentaré las dos siguientes proposiciones: Primera, el hombre debe un culto á la Divinidad: Segunda, este culto debe ser exterior y público. Segun vaya fijando por medio del raciocinio la sana doctrina sobre esta materia, os haré ver como el cristianismo la confirma y perfecciona: este será todo el asunto de la presente conferencia sobre el culto religioso.

Es indudable, Señores, que tenemos deberes para con la Divinidad, y que uno de ellos es rendirle homenajes, y en una palabra, un culto. De esta obligacion nos persuaden ya las primeras nociones de Dios y del hombre que hemos explicado en nuestros discursos precedentes, ó ya la consideracion de los intereses mas importantes y sagrados de la humanidad. Si consultamos la razon, nos dirá que hay un Dios Criador, el cual poseyendo la plenitud del ser, y siendo el origen de la vida, ha comunicado la existencia á cuanto compone este universo; un Dios conservador que todo lo gobierna por medio de su sabiduría, despues de haberlo criado todo por su poder; que extiende su providencia universal á todos los seres, desde los cielos estrellados hasta la flor de los campos, sin ser mas grande en las cosas mas pequeñas, ni mas pequeño en las mas grandes; un Dios legislador supremo, que mandando cuanto es bueno y prohibiendo todo lo malo, manifiesta á los hombres su voluntad santa por el ministerio de la conciencia; un Dios en fin juez soberano de todos los hombres, que tratará á cada uno en la vida futura segun sus obras, señalando castigos al vicio y premios á la virtud. Esta es una doctrina reconocida por la razon mas sana, cuyo conocimiento, aunque en diferentes grados, es tan universal como el jénero humano; que existía ya para entre los Hebreos, se halla mucho mas clara entre los cristianos, y aunque las supersticiones paganas pudieron oscurecerla, jamás ha llegado á *aniquilarse* en ningun pueblo de la tierra. Estos son puntos de creencia independientes de las vanas opiniones de los hombres y de los argumentos de los sofistas, y que tenemos tanto mayor derecho á dar por supuestos, cuanto hemos consagrado muchos discursos á establecerlos.

¿Y cómo dejarémos de ver que de estas mismas nociones de la Divinidad se derivan deberes religiosos para con ella?

¿Quién no conoce que al descubrirnos la razón lo que Dios es respecto de nosotros, nos descubre en este mismo lo que nosotros debemos ser con respecto á él? ¿Si es nuestro Criador, no deberémos hacerle homenaje del ser que hemos recibido de su bondad omnipotente? Si nos conserva una vida de que es árbitro, y de que á cada momento podría privarnos, ¿no es cada instante que gozamos de ella un nuevo beneficio que exige de nuestra parte un nuevo sentimiento de gratitud? Si es nuestro legislador, ¿no deberémos obedecer sus leyes, y tomarlas por regla de nuestros afectos y de nuestra conducta? Y si en fin ha de ser un día nuestro juez, ¿no será preciso que procuremos comparecer sin mancha ante su tribunal, y no caer culpables en las manos de su justicia?

Supongamos por un momento que fuésemos hijos del acaso, un resultado de combinaciones fortuitas de la materia, y que hubiésemos sido echados á la tierra sin objeto ni designio; entonces estaríamos indubitablemente en esa independencia absoluta de la Divinidad que el ateísmo predica; y todo vínculo religioso sería una cadena vergonzosa y humillante que deberíamos apresurarnos á romper: tan solo en este caso, y no siendo Dios nada para nosotros, nos podríamos juzgar dispensados de todo deber y relación con él; pero en la doctrina contraria de un Dios criador y conservador nuestro, debe ser muy diferente la conducta del hombre: nuestros deberes no pueden ser los mismos en estas dos creencias opuestas, pues cuando los principios están en contradicción deben estarlo igualmente las consecuencias; y por la misma razón que en la absurda y quimérica suposición del ateísmo no debe el hombre tener religión, es preciso que sea religioso en la creencia de un Dios.

Si fuésemos semejantes á los animales é incapaces como ellos de conocer á Dios, de admirarle en sus obras y de penetrarnos de la idea y del sentimiento de sus beneficios, estaríamos indubitablemente como ellos en el caso de no rendir ningún homenaje al Criador; pero si estamos dotados de esta razón sublime que nos eleva hasta él, que nos enseña que hemos salido de su mano poderosa, que le debemos cuanto somos, y en particular esa preeminencia que hace al hombre rey de los animales, así como del resto de las criaturas, ¿no será una cosa indigna el querer que seamos tan indiferentes

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NUMERO.

	Pág.
Dedicatoria.	383
Dogma de la Concepcion Inmaculada de María, por el señor Director D. Nicolás de Lora, Pro.	385
La Inmaculada Concepcion de María Santisima desde el principio del mundo hasta el siglo XVI de la Iglesia, segun la Historia, por D. Juan Bautista Solís, Pro.	392
Declaracion dogmática de la Inmaculada Concepcion bajo el punto de vista del Pontificado de Pio IX, por D. Agustín Sanchez Torres, Pro.	406
La Concepcion Inmaculada de María como sentimiento del corazon cristiano, por D. José Maria Guerra, Pro.	418
A la patrona de España, por D. Roman Doldan y Fernandez.	426
POESIAS.—Oda, por D. José Fernandez Espino.	432
Oda, por D. Manuel Fernandez Ruano.	438
Soneto, por D. Francisco Rodriguez Zapata, Pro.	451
Otro, por el mismo señor.	452
VARIEDADES.—Curacion repentina, al nombre de la Inmaculada Concepcion y Pio IX.	453

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

La *Verdad Católica*, se publica el dia 8 de cada mes.
Su precio anticipado es

EN SEVILLA.

Por un mes.....	4 rls.
Por un semestre.....	22
Por un año.....	42

FUERA DE SEVILLA.

Trimestre.....	15
Semestre.....	28
Año.....	54

EN ULTRAMAR.

Número suelto, un escudo.....	(10 rs.)
Suscricion por un año.....	6 ps. fs.

La correspondencia sobre suscripciones y pedidos se dirigirá al Administrador de la *Verdad Católica*, Plaza de las Mercedenarias, núm. 1.º; cuyo importe puede verificarse en libranzas ó sellos del correo.